

AMENAZA EN LA COLONIA ESPACIAL

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



AMENAZA EN LA COLONIA ESPACIAL

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

MARCUS SIDEREO

AMENZA EN LA COLONIA ESPACIAL

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 315

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 27.395 – 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: agosto, 1974

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajesy entidades privadasqueaparecenenesta novela,asícomolas situacionesdela misma,sonfruto exclusivamente de la imaginacióndelautor, por lo que cualquier semejanzaconpersonajes,entidadeso hechos pasados oactuales, serásimplecoincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

310 — *Órbita mortal* Glenn Parrish.

311—*El ser.* Marcus Sidéreo.

312— *Desde un mundo remoto.* KelltomMclntire.

313— *Robots prohibidos.* Glenn Parrish.

314— *Proyección a otra galaxia.* Alf Regaldie.

CAPITULO PRIMERO

La colonia de pequeños satélites había sido una buena solución de principio para alojar a la gente del planeta en vías de desaparición.

El magnífico cuadro de científicos había previsto con mucha antelación el final del habitáculo y por ello se tomaron las medidas oportunas para abandonarlo antes de que ocurriera su previsto fin.

En principio se temió que la convulsión que sufriría el planeta al chocar indefectiblemente con otro pudiera tener serias consecuencias para los satélites artificiales, pero el profesor Gora fue bien explícito:

—En los primeros tiempos —manifestó en una alocución transmitida a todos los satélites—, el satélite rector dependía de nuestro planeta, pero posteriormente su eje magnético gira en derredor de Kornio. Kornio es un planeta mucho mayor que el nuestro, pero desgraciadamente su atmósfera sería lesiva para nuestros organismos, por lo cual seguiremos viviendo todos en estos nuevos habitáculos que sin lugar a dudas responden por ahora a nuestras necesidades. Sin embargo, Kornio nos ha servido como punto de apoyo simbólico para que nuestro satélite rector no sufra la menor alteración. Así pues, cuando se produzca el fin de nuestro viejo planeta, nada nos afectará. Ni seres ni instalaciones sufrirán el menor daño.

Todo parecía pues resuelto. Pero Gora, ante su corte

de ingenieros, técnicos y profesores a él subordinados, expuso sus inquietudes:

—Los satélites actuales van a quedarse pequeños con el tiempo. Y hay que contar también con los que fenezcan por defectos que ahora no podemos detectar. Debemos, pues, entregarnos todos a la tarea de buscar el medio de encontrar otro mundo donde instalarnos definitivamente. Los satélites pueden ser solución de un largo período de generaciones, pero nunca ha sido la solución definitiva. Esto lo saben todos.

El ingeniero Gin habló de la posibilidad de crear nuevos satélites. Pero Gora insistió:

—Esto seguiría siendo una solución parcial. Se crearán nuevos

satélites, en efecto, para casos de emergencia, pero lo importante es la exploración.

Doren, otro joven e inquieto ingeniero, piloto y técnico en Dinámica-Láser intervino para tocar un tema que no era nuevo:

—Sé que la posibilidad de convertir la atmósfera de Kornio en benigna es aún remota, pero no imposible, profesor. Háblenos de ello.

—Estoy trabajando en esta cuestión, pero temo que llegaré al fin de mi existencia sin haber conseguido mi propósito.

—Se podría ampliar el gabinete para intentar dar un avance, profesor —dijo Doren.

—Habría que instalar un nuevo laboratorio en Kornio, y ya fracasamos una vez. Nuestros técnicos fenecieron. No. No es posible arriesgar nuevas vidas. No sería justo.

—Yo iría como voluntario, profesor Gora —adujo Doren.

—Y yo —la voz pertenecía a Aldaya. Una mujer técnica de inapreciable valor y decisión, según ya tenía probado.

Con ellos fueron otros varios los que se adhirieron a la idea.

—Poblaríamos un nuevo planeta. Seríamos los pioneros de un mundo —adujo otra voz, mientras el entusiasmo iba en aumento.

Un zumbido insistente, seguido de otras señales acústicas, interrumpió la reunión. El profesor volvió los ojos hacia la pantalla gigante de la sala donde acababan de aparecer una serie de signos cuya equivalencia todosconocían.

En la sala reinaba el más absoluto silencio, que rompió Gora para anunciar con voz solemne:

—Señores, ha llegado el gran momento histórico.

* * *

Todos habían acudido a la terraza abovedada con aquel material de insuperable transparencia.

Una regulación automática acercó la visión. Todo el blindaje encristalado se convirtió en potente telescopio a través del cual podía verse la esférica forma del planeta que durante millones de generaciones había sidohabitáculo ideal.

—Observen treinta grados por encima de sus cabezas —anunció el profesor.

Mirando hacia arriba todos pudieron ver cómo otro planetoide se dirigía a gran velocidad al encuentro del viejo mundo.

—Lo había usted calculado matemáticamente, profesor —murmuró Aldaya que estaba situada al lado de

Gora.

—Sólo tuve que emplear los medios a mi alcance.

—Y su sabiduría, profesor —adujo Gin, adulador.

Gin era de la clase de seres que desean sobresalir en todos los campos, exponiendo el mínimo por su parte. Eran muchos los que veían en Gin a un hombre escasamente aficionado al trabajo y que únicamente procuraba escalar posiciones utilizando la menoscabada técnica de adular al superior.

—Eslasabiduríademismayores —respondióelprofesor volviendo a la observación del tremendo choque que se avecinaba.

Doren lanzó una mirada a Gin. Le dolía que fuera mal visto porque era amigo suyo. Habían hecho juntos las prácticas y le apreciaba sinceramente.

La bola candente se aproximaba al planeta a gran velocidad. El choque era inminente.

—Es la primera vez que veo algo semejante —comentó alguien.

Luego se hizo el silencio esperando el fantástico momento del encuentro entre los dos cuerpos.

De repente, como atraído por la forma ígnea, el planeta fue absorbido por aquélla acelerando la aproximación.

El inevitable encuentro se produjo instantes después. Los controles midieron en toda su intensidad los efectos del choque, que visualmente pudieron ser contemplados por todos los habitantes de los

distintos satélites de la colonia.

Millones de partículas candentes se esparcieron por el espacio hasta desaparecer en las profundidades abismales del cosmos.

Enormes bloques corpóreos seguían estallando mientras la combustión de ambas moles seguía en pleno apogeo.

El bellamente trágico artificio de unos fuegos de indescriptible vivacidad continuó pasmando a todos los habitantes de aquellos mundos dispersos y unidos entre sí, hasta la total consunción de ambos planetas.

La azulada oscuridad volvió a reinar en la magnificencia de aquella parte de la galaxia.

—En la inmensidad de todas las galaxias, periódicamente se suceden cosas parecidas —anunció el profesor Gora. Luego añadió—: Ahora les ruego que descansen. Mañana agrúpense por equipos para seguir trabajando por nuestro futuro.

Como casi siempre. Doren y Aldaya se alejaron juntos hacia sus residencias contiguas. Gin les acompañó a lo largo de uno de los corredores abiertos bordeados

por las exóticas plantas que habían crecido al abrigo del potente sol artificial que generaban las pilas láser.

La atmosfera que emitían las conducciones proporcionaba el ambiente respirable adecuado.

—Eso podría conseguirse en Kornio. Esa atmósfera —dijo Doren, pero Gin se mostró pesimista.

—Es una utopía. En Kornio nunca se logrará nada semejante. Allí sólo hay soledad y muerte. ¡Que descanséis!

Se separó de ellos.

También Aldaya y Doren se despidieron, mientras los guardas nocturnos hacían las obligadas rondas de inspección a todos los conductos que proporcionaban la vida al satélite Rector.

En los demás habitáculos de la colonia la calma era absoluta, pero aparte de quienes tenían la obligación de velar por a seguridad de cada satélite, también había otros que no descansaban, como el

profesor Gora.

Gora comprobaba unos datos en la computadora general, repasando los signos, tomando apuntes para pasarlosenunapequeñamanipuladora simple.

—Todo concuerda —musitó, en voz alta—. Sin embargo, hay una interferencia.

Su ayudante, Selior, apareció por el fondo de la sala. Gora no se apercibió de su presencia hasta oír su voz:

—¿Todavía le das vueltas a esa sospecha? —preguntó el recién llegado.

—Es más que una sospecha. La interferencia existe. Estoy seguro. Y no es por causas naturales. Mira esto.

Pasó los apuntes a su ayudante y accionó una palanca para que la pantalla trasmitiera los datos.

—Fíjate bien en la prueba quinta. La definitiva. Es la más perfecta… Observa atentamente. No hables antes de estar seguro de lo que ves.

Tras un silencio, Selior detuvo la marcha de los datos de la pantalla para cotejarlos más atentamente con los apuntes.

—¿Has sacado esto de la computadora general? —inquirió.

—Compruébalo tú mismo si quieres. He hecho todas las combinaciones posibles. No hay fallo posible. Sin embargo, persiste la interferencia… Yo sé que un cambio energético conseguiría variar por completo la atmósfera de Kornio. Es una operación difícil, pero estoy convencido de que civilizaciones más avanzadas que la nuestra lo han conseguido. Insuflar una atmósfera, variar el sistema… Y hemos estado a punto de conseguirlo, si no fuera por esa interferencia.

—Tienes razón, Gora. Existe la interferencia, y esto sólo puede significar que Kornio no es un planeta muerto como creíamos al principio.

—No lo sé. Ya no estoy seguro de nada. Quizá ha habido un error en mis cálculos. Necesitaría toda una vida para empezar de nuevo. Por eso quiero que en lo sucesivo tú tomes la parte más importante del trabajo y alecciones a los jóvenes. Ellos deberán continuar nuestra

labor e investigar nuestros fallos.

—¿Cuántas inspecciones se han realizado sobre Kornio *in situ?*

—Bastantes. Y todas han coincidido. No hay forma de vida conocida.

—Esa interferencia demuestra lo contrario. Alguien está luchando para que persista su actual atmósfera. Quizá existen seres que se resisten a ser eliminados.

—No hay seres vivientes, Selior. Si los hubiera yo sería el primero en abandonar mis investigaciones. No es justo privar de los medios de vida a quien los necesita.

—Tú has dicho que no hay formas de vida conocidas. ¿Conocemos acaso otras?

—Los minerales no tienen vida. Y Kornio es un planeta absolutamente mineral. De esto estoy convencido, pero seguiré investigando mientras tú haces lo propio con la gente joven. ¡Es importante, Selior! Es importante descubrir lo que ocurre en ese planeta. Lo vamos a necesitar y de momento ignoramos cuántas generaciones necesitaremos para conseguir nuestros propósitos.

En otra parte del satélite rector, alguien recibía una llamada. Una voz opaca que no pasaba por las ondas de interferencia de los controles estaba diciendo:

—Todo está en marcha. Necesitamos las pilas. Las necesitamos cuanto antes.

El receptor del mensaje del satélite contestó en voz tan queda que nadie hubiera podido reconocerle por su forma de hablar:

—Es difícil llegar hasta aquí.

—Inténtalo como puedas.

—No están permitidos los vuelos a Kornio.

—Entonces, roba un bólido.

—Me detectarían y en seguida descubrirían dónde me dirijo. Esto les haría sospechar. Ya pensaré algo. Corto. Temo que puedan captar la llamada.

—Puedes estar tranquilo. Es imposible que capten nuestras ondas. Gora no es el único ser inteligente de la galaxia. ¿Cuándo calculas que estarás aquí?

—Lo antes que pueda —respondió la voz queda del satélite motor.

Y la comunicación quedó cortada.

CAPITULO II

Cuando a Doren le tocó su turno de inspección espacial, Aldaya le acompañó como solía. Sólo faltaba la designación del técnico que completaba el trío en los vuelos de aquel tipo.

El bólido, un Novo-II, estaba preparado desde la jornada anterior en el hangar correspondiente. Como todas las naves destinadas a inspección había sido perfectamente revisada y puesta a punto para evitar cualquier fallo durante el viaje que generalmente era de siete compases o jornadas normales, con una autonomía de vuelo indefinida y un límite de peso lo suficientemente amplio para que en caso necesario pudieran ser transportados otros cuerpos para su examen.

Sin embargo, en la hora del descanso, una sombra se deslizó hacia los hangares y desconectó los precintos con la habilidad de quien conoce el oficio y sabe cómo debe actuar para que no funcione la alarma.

La sombra se introdujo en el hangar, en cuya plataforma central se hallaba el bólido que debía utilizar Doren.

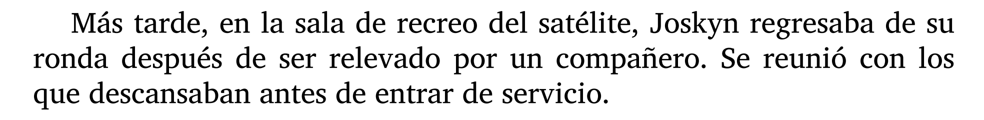
Con gran agilidad, el desconocido se introdujo en el interior del aparato y comenzó a maniobrar en la caja de controles. Fue una operación breve y segura. Luego, todo volvió a quedar aparentemente igual.

La sombra aguardó en el hangar hasta que el guardián exterior terminó de realizar la rutinaria ronda de comprobación, ya que rio era usual fijar la atención enlos precintos puesto que el personal técnico era absolutamente fiable y jamás se había dado el caso de un posible sabotaje.

Lejos ya el guardián, la sombra salió del hangar y volvió a colocar los precintos para alejarse hacia la escalera que conducía a las dependencias del material láser.

Poco después, la misma sombra ascendía con un pequeño paquete entre las manos.

Con el mismo sigilo con que había aparecido, el individuo se desvaneció entre la oscuridad de uno de los corredores.



Más tarde, en la sala de recreo del satélite, Joskyn regresaba de su ronda después de ser relevado por un compañero. Se reunió con los que descansaban antes de entrar de servicio.

—¿Todo bien? —le preguntó el jefe Storen.

—Como siempre. Todo esto es pura rutina.

—No lo creas —repuso Storen—. Cualquier fallo podría poner en peligro los sistemas de vida. Es esto lo que vigilamos.

Joskyn se encogió escépticamente de hombros.

—Aquí todo funciona bien. Y por otra parte, no podemos pensar en un ataque exterior. Los seres más próximos a nosotros, están a muchas generaciones de distancia.

—Nunca hay que estar seguros —replicó Storen—. Ocupamos un lugar nuevo en el espacio. Seguramente estamos controlados por otras galaxias que conocen nuestros pasos.

—Me gustaría conocer a los tipos de otras galaxias —dijo uno de los jóvenes—. Sobre todo a las mujeres. ¿Qué opinas, Storen? ¿Cómo son?

—Sólo conocemos nuestra fisonomía y nuestro modo de entender la belleza —respondió el jefe—. ¿Qué quieres que te diga? Cuando me presentes a una de esas mujeres, te daré mi opinión.

Rieron todos, mientras Joskyn sacó su juego de bolitas y su impulsor correspondiente, para preguntar:

—¿Jugamos?

—Siempre piensas en el dichoso juego del rayo —exclamó Storen.

—Joskyn gana siempre y por eso quiere jugar —replicó otro.

Alguien limpió la mesa y sacó un tablero metálico provisto de varios agujeros.

—Vamos a jugarnos cinco bolas a la primera —dijo Joskyn abriendo su caja que contenía unas veinticinco formas esféricas de metal de unos dos centímetros de

diámetro.

—Son muchas para mí —dijo uno del grupo—, Estas bolas cuestan mucho, y más ahora que se ha reducido la producción.

Joskyn sonrió.—Bueno. Si prefieres perderlas poco a poco... —Y rio con más fuerza.

Storen sacudió la cabeza al tiempo que murmuraba algo sobre el maldito vicio.

* * *

Doren y Aldaya estaban ya en el hangar dispuestos a emprender el viaje. El encargado hizo una rutinaria comprobación en los mandos para salir del bólido y murmurar:

—Todo en orden, como siempre. ¿No ha llegado Joskyn?

—¿Joskyn? —inquirió Doren—. ¿Es él quien nos acompaña?

—Estaba en la lista, pero ¡ahora que me acuerdo! Anoche tuvo ronda de vigilancia. Seguramente, le habrán sustituido.

Aunque en la vida de los satélites la noche era perpetua, a pesar de la potente claridad producida por losláser, seguía empleándose la palabra noche para designar el tiempo de descanso.

Doren subió al aparato y se sentó frente al tablero de mandos. Era su sitio.

—¿A quién mandarán para sustituir a Joskyn? —comentó Aldaya detrás del joven.

—Me he retrasado —dijo la alegre voz de Gin entrando en el hangar—. Nadie me avisó con tiempo.

—¿Vienes tú con nosotros? —inquirió Aldaya.

—Sí. Por lo visto ha habido algún lío en el tablero de órdenes. Había otro en mi lugar y yo era el sustituto.

—Joskyn era el designado —comentó Doren.

—¡Ah! Ese jugador empedernido. Bien. No sé qué ha podido ocurrir

con ese despiste, pero el caso es que alguien me llamó para que le sustituyera.

—Joskyn tuvo guardia la noche anterior. Y basta ya de charla, sube de una vez.

—Ya voy, Doren. Estás impaciente, ¿eh? Me alegro de estar con vosotros. Formamos un buen trío.

—Si tú lo dices... —sonrió irónica la muchacha.

—Gin sería mejor técnico si hablara menos —murmuró el piloto.

—Preparados —dijo una voz a través del receptor, y acto seguido la pantalla comenzó a emitir los signos convencionales que todos conocían.

—Voy a hacer las comprobaciones de rigor —anunció Doren.

—Adelante —adujo Aldaya.

Gin había ocupado el asiento para verificar los posibles fallos.

Aldaya, por su parte, daba su asentimiento a todos los mandos que Doren pulsaba. Todo iba perfectamente.

A nadie se le ocurrió desmontar la caja control, ya que era misión de los técnicos del hangar el revisarla periódicamente y sobre todo antes de cualquier vuelo. Por otra parte esa caja, que alguien había manipulado la noche anterior, no solía presentar problemas y sólo era necesario revisarla en pleno vuelo en contados casos de emergencia, que sin embargo se habían dado. En este caso, Gin era el especialista para tales circunstancias.

—Todo conforme —anunció Aldaya.

—Conforme —ratificó Gin.

La bóveda del hangar se abrió por los costados dejando el hueco suficiente para que el bólido pudiera elevarse verticalmente.

—Listos —anunció Doren.

Pulsó la palanca, y la pequeña nave de forma triangular, achatada en su base, se elevó majestuosa para dispararse seguidamente de forma vertiginosa hacia las hipotéticas alturas.

En breves instantes su característica forma desapareció de la vista para convertirse en un punto lejano en el espacio.

Doren trazó la ruta comprobando las anotaciones que surgían en la pantalla.

—Pasaremos bastante cerca de Kornio —dijo Aldaya.

—Es verdad. ¡Planeta tabú! —sonrió Gin—. Ya sabes. Prohibición absoluta.

—Recorreré su perímetro —dijo el piloto.

—Te obsesiona ese lugar, ¿verdad? —sonrió de nuevo Gin.

—Sé que llegará a convertirse en habitable, pero algo importante tiene que ocurrir. Algo que el profesor Gora no se atreve a decir.

—¿Tú crees? —preguntó su amigo.

Aldaya permanecía silenciosa, atenta a los signos de la pantalla. Todo era muy simple, pero ella no se perdía detalle por si algo variaba en la rutina.

—No sé qué censar. Llegó un momento en que la transformación de la atmósfera parecía inminente. Y de repente parece que todo ha quedado en suspenso.

—Gora no es un mago —dijo Gin.

Aldaya intervino para recordarle:

—Anoche le cantabas alabanzas diciendo que era el más inteligente.

—Y lo es. Pero no puede hacer imposibles. Cambiar la atmósfera de un planeta es algo que jamás se ha intentado.

—Pero se puede conseguir… Gora tenía fe en ello.

Porque no se trata de un cambio total. Únicamente hace falta eliminar los gases tóxicos y convertirlos en positivos. La absorción de esos gases a través de nuestro satélite rector ya había empezado con resultados esperanzadores —recordaba Doren observando atentamente el espacio que, aunque aparentemente siempre parecía igual, un experto sabía notar la diferencia entre determinadas zonas.

Durante un largo lapso de tiempo el trío de astronautas permaneció silencioso.

Aldaya seguía observando los signos y Gin bostezaba aburrido.

—Me encanta volar, pero eso de no ir a ninguna parte... —murmuró.

—Mira eso, Doren. O me equivoco o el bólido acusa insuficiencia de gas.

—Vamos sólo a un veinte por ciento —hizo notar Doren.

—Ya lo sé, pero la velocidad no concuerda con las coordenadas. Fíjate, se está repitiendo continuamente el signo negativo.

Gin se puso en pie perezosamente y observó los datos.

—Esto es una falta de ajuste. Acelera y verás como recuperamos el tiempo. Pruébalo, Gin. Seguro que en unos instantes coincidimos con las coordenadas.

Doren tomó la palanca y tiró de ella suavemente. Aunque en el interior de aquel paréntesis metálico no se produjo vibración alguna, si alguien hubiese observado la nave desde el exterior hubiera advertido cómo doblaba la velocidad hasta alcanzar una cota increíble y sólo iba al cincuenta por ciento de sus posibilidades.

—Veamos ahora —murmuró Gin.

—Sigue igual. Hay una diferencia por lo menos de tres puntos.

—Esto no tiene importancia —dijo Gin.

—Tú eres el técnico, pero te advierto que yo nunca !o había observado —repuso Doren.

—De acuerdo, es una leve anomalía. Acelera un poco más. Y veamos qué ocurre.

Cuando la nave llegó al sesenta por ciento de sus posibilidades, Aldaya exclamó:

—Se acentúa la diferencia. Ahora es ya de cinco puntos y tiende a ir en aumento.

—¿Por qué no miras la caja, Gin? —inquirió el piloto.

—Tendré que hacerlo si perdemos ritmo. Pero es bastante extraño.

—Prueba de poner a tope.

—Sólo conseguiré acelerar el procedimiento. A mayor velocidad, más pérdida. No quisiera quedarme flotando en el espacio.

Aldaya acusó otra anomalía.

—Señales en el lastre... Es como..., como si lleváramos exceso de peso.

Doren comprobó que la estabilidad fluctuaba y lo hizo notar a Gin.

—Ya son demasiadas irregularidades. ¿No crees?

Gin lanzó un suspiro y se dirigió hacia la caja. Apenas hubo observado unos momentos lanzó un bufido.

—Falta la tapa de contención de la salida de gases...

—¿Quién diablos ha comprobado la nave? —gruñó Doren.

—No lo sé, pero esto es malo. Tendría que ver algo más, pero no puedo mantener la caja abierta. Hay pérdida constante en la pila y perjudica el oxígeno interior. ¿No lo notáis?

Gin cerró la tapa hermética de la caja adosada a una de las paredes, al tiempo que Aldaya aspiraba fuertemente.

—Es cierto. La atmósfera se ha enrarecido.

Doren luchaba con una palanca.

—La estabilidad sigue fallando. Es como si algo pretendiera dominarnos.

—Tienes que poner la nave a tope. Abriré la caja un momento para ver qué ocurre con esa pérdida develocidad. Procuraré no tardar mucho. Procurad contener la respiración.

Doren accedió y tiró la palanca hasta el tope. El bólido, en teoría, tenía que ir al ciento por ciento de sus posibilidades. Sin embargo el indicador correspondiente indicaba una pérdida de casi veinte puntos.

—Voy a ponerlo a veinte, Gin. Esto pierde demasiado:

—Falta una pieza que debería ir conectada a la pila. Esa es la causa.

Intentó forzar algo, pero un chorro de gas fue directamente a su rostro.

—¡Aaaah! —Gin gritó echándose atrás. El gas, más que empujarle, le había provocado un desvanecimiento.

En breves momentos la atmósfera del bólido quedó viciada e irrespirable.

—Toma los mandos, Aldaya. Tengo que cerrar esta maldita caja —y Doren se puso en pie para ir a cerrar aquella puerta de la que se escapaba a menor dosis el gas.

—¡Cuidado! —advirtió la muchacha.

Con una mano el piloto se tapó la boca. Con la otra empujó la puerta para cerrarla, seguidamente apretó el botón automático que aseguraba su hermetismo.

Aldaya estaba tosiendo, igual que Gin que seguía en el suelo.

Doren se arrodilló junto a él y ordenó a la muchacha:

—Da al máximo el oxígeno y pulsa el botón expulsor.

—Es lo que estoy haciendo —dijo ella.

—¿Cómo te encuentras, Gin? —preguntó Doren.

—Muy mal, Doren. De veras. Temo que no podré contarlo.

—No digas eso. Has tragado gas, pero con el oxígeno te repondrás...

—He tragado demasiado. Es letal. Lo siento por dentro de mí. Me está corroyendo.

Doren fue en busca del botiquín de urgencia y extrajo un brebaje destinado para los casos de envenenamiento.

—Toma un trago de esto. En unos momentos estarás bien.

Pero antes de alcanzar la botella, Gin se convulsionó al tiempo que sujetaba su abdomen.

Doren le acerco el frasco a la boca y por fin consiguió hacerle beber un trago.

Tras unos momentos, Gin recobró el habla:

—Es inútil, Doren... Esto puede durar horas, pero los tejidos ya han acusado la presencia del gas... Y esto no es lo peor...

Aldaya tenía otra mala noticia:

—Hay pérdida de oxígeno.

—¿Qué más le puede ocurrir a esta maldita cáscara? —espetó Doren.

—Trataré de soltar la carga de emergencia.

—¡No! —exclamó Gin tras un estertor—. No lo hagas. Vamos a necesitarlo para el regreso. Es decir, vais a necesitarlo vosotros. Yo ya no... —otro estertor le impidió seguir hablando.

Doren le dejó un momento, para volver junto a Aldaya y mirar la situación.

—Regresamos, Aldaya. Cambio de rumbo.

—Tenemos pérdida de combustible —susurró ella.

—Es lo que imaginaba.

—No quedará el suficiente para regresar. Las pilas se han desgastado de un modo alarmante.

—Es una pérdida general. Habría que reparar la nave, pero para ello sería necesario examinarla en tierra firme.

Miró un momento la situación. Kornio estaba cerca. Dudó unos momentos.

—Allí no podemos ir —dijo la muchacha adivinando sus pensamientos.

El moribundo pareció reaccionar y dio su opinión:

—Kornio es la única solución. Si sigo con vida intentaré arreglar este cacharro... Esto parece algo hecho adrede.

—No lo dirás en serio —inquirió Doren.

—Es muy raro todo lo que ocurre. Una tapa puede saltar, pero el conducto principal es imposible que no lo hayan arreglado. Es algo que salta a la vista...

—¿Un sabotaje? —inquirió Aldaya como si se lo dijera a sí misma.

Tras un silencio, Gin insistió:

—Jamás llegaremos a ninguna parte con este cascarón de metal. Kornio es la única solución posible.

El piloto, como jefe de la nave, lo pensó unos breves instantes antes de asentir mirando a la muchacha:

—De acuerdo. Vamos a Kornio.

CAPITULO III

—Usad las escafandras —murmuró Gin cuando la pequeña nave se había posado sobre la dura superficie del planeta.

—¿Te encuentras con fuerzas? —preguntó la muchacha.

—Lo intentaré.

—Ponte tú también la escafandra.

—Será un gasto innecesario de oxígeno…, pero lo haré. Debo darme prisa.

Doren había abierto la puerta. Salió seguido de Aldaya. Ambos llevaban puestas las escafandras protectoras. Gin en el interior expulsaba los gases al exterior.

La pareja, en silencio, contemplaba la explanada desierta del planeta bañado por la luz de un sol que mantenía el ambiente a una temperatura templada.

—Esto llegará a tener vida propia algún día —aseguró Doren.

—No hay vegetación de ninguna clase. ¿Todo el planeta es así?

—Hay una parte donde alguna vez creció algo. Está a orillas de lo que parece haber sido un lago. Algo debió ocurrir para transformarlo…

—¿Crees que pudo tener vida antes?

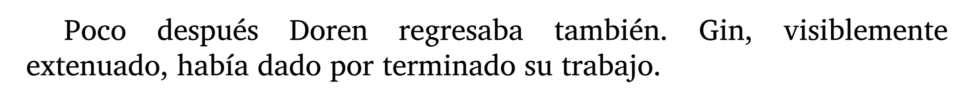
—Es casi seguro que sí, pero ten en cuenta que esun planeta muy joven. Está en período de transformación.

Se habían alejado del bólido y Doren advirtió:

—Ve con Gin por si necesita algo.

—Sí, tienes razón… ¿Crees que se salvará?

—Espero que sí, pero es necesario que regresemos inmediatamente a la base.


Poco después Doren regresaba también. Gin, visiblemente extenuado, había dado por terminado su trabajo.

—Es inútil hacer más… Con un peso limitado y ahorrando oxígeno conseguiréis llegar.

—¿Qué es eso de que «conseguisteis». Tú también…

—No —interrumpió Gin—. Sé que mi fin está muy próximo. Yo sería una carga inútil que además consumiría oxígeno. Marchaos sin pérdida de tiempo.

—¿Pretendes que te dejemos aquí?

—Sí, amigo. Nadie puede hacer nada por mí. Lo sé —respiraba con dificultad dentro de la escafandra—. Ahora mismo consumo un oxígeno que buena falta os va a hacer.

Se despojó de la escafandra.

—¡Estás loco! —chilló Doren—. Póntela inmediatamente.

—No. Y no desperdiciéis el que lleváis en vuestras escafandras, hacedme caso antes de que sea demasiado tarde…

—¡Vamos! Te llevaré a la nave —Doren se inclinó para ayudarle, pero su amigo hizo un ademán indicándole que se apartara.

—Yo voy a morir igualmente, y si subo con vosotros, seremos los tres los que no llegaremos jamás… Por favor, Doren. Sé que es mi hora. Tú también te darás cuenta cuando llegue la tuya…

Se tendió al suelo y permaneció inmóvil unos momentos. Doren se quitó la escafandra y lo auscultó unos instantes.

Al inspirar el aire notó la rareza del mismo, pero era soportable si se trataba de aguantarlo poco tiempo.

Aldaya se quitó también su escafandra y preguntó:

—¿Respira?

—Muy mal. Es posible que tenga razón en lo de la muerte. Pero no quisiera abandonarle aquí.

Subió a la pequeña nave e hizo unas comprobaciones. Tuvo que admitir que las posibilidades de regresar eran muy limitadas aun para

dos personas, pero se resistía a dejar a Gin en el planeta.

Volvió hacia él Seguía inmóvil. Ahora era Aldaya quien había aplicado sobre su cuerpo una especie de estetoscopio electrónico. Cuando lo separó, hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Creo que está muerto.

Momentos después, entre los dos lo transportaban a un subterráneo natural. Aquélla iba a ser su tumba.

—El laboratorio se construyó en un lugar parecido a éste, pero mucho mayor. Me gustaría poder inspeccionar estas cuevas a fondo. Pero Gora teme algo —miró en torno suyo.

—Ya no podemos hacer nada aquí —dijo ella—. ¿No crees que es mejor que nos marchemos?

—Recogeré sus cosas.

Cuando obtuvo sus efectos murmuró:

—Deberíamos incinerarle como se hace con los que fenecen, pero aquí carecemos de medios.

Se palpó la pistola de rayos que llevaba consigo. La miró un momento y negó con la cabeza.

—Eso, no. Me parecería que yo mismo lo he matado.

Junto con Aldaya volvieron a la superficie para regresar a la nave.

Antes de poner el bólido en movimiento lanzó una última mirada al agujero que daba entrada a la pequeña gruta. Luego murmuró:

—No va a ser un viaje fácil, pero llegaremos.

—Sí, Doren —asintió ella—. Llegaremos.

* * *

Las dificultades empezaron antes de lo que ambos habían pensado. La insuficiencia de la pila era mayor por momentos. La nave acusaba

el peso y el oxígenoestaba llegando a la zona de reserva. No era posible alcanzar una gran velocidad porque intentarlo habría sido poco menos que un suicidio.

—No puedo pasar de diez, que en realidad son sólo dos puntos reales. A este paso nos haremos viejos aquí dentro —gruñó Doren.

Aldaya, recordando las palabras de Gin, murmuró:

—El tenía razón, con una persona más la situación aquí dentro sería crítica.

Doren no dijo nada, pero él sabía mejor que nadie que la situación era ya crítica.

—¡La velocidad...! —gritó Aldaya al cabo de un silencio—. Compruébalo. Estamos perdiendo estabilidad.

El piloto se aferró al mando adecuado tratando de evitar que el bólido quedara a merced del espacio.

Le faltaban manos para conectar con los pulsadores, tocar botones, empujar palancas y hasta golpear el tablero en señal de impotencia.

—En la base deben saber esto. Habrán observado nuestra situación —murmuró ella—. ¿No te parece extraño que no nos hayan mandado instrucciones?

—Yo las he mandado en el momento de despegar, pero no me extraña no haber recibido respuesta. Las conexiones están cortadas.

—¿Lo has comprobado?

—Sí. He mandado un aviso de contestación inmediata. No ha habido respuesta. Es señal que no lo han recibido.

—Un sabotaje. Gin lo dijo —murmuró ella—. Han tratado de, eliminarnos.

—Con Gin lo han conseguido.—Y Doren luchaba para sobrevivir. Sabía que si perdía el control del bólido éste quedaría flotando en el espacio... Y no tenían ni un instante que les sobrara. Ya empezaba a faltar el oxígeno.

* * *

En la base se encontraba el propio profesor Gora. No solía intervenir en aquella clase de asuntos, pero había oído los comentarios y se personó en el punto de control quizá porque del trío que había partido, Aldaya y Doren eran sus predilectos.

—Se ha perdido el control —le explicaba el encargado muy poco tiempo después de su partida—. Comprendí que se había cortado el contacto cuando lancé señales de prueba.

—¿Está seguro de que todo se hallaba perfectamente verificado?

—Sí, profesor. Es lo primero que se hace.

—Entonces, ¿dónde supone que ha habido el fallo?

—Es imposible saberlo hasta que regresen, y creo que tienen serias dificultades.

—¿Puede seguirles?

—Con intermitencias. La última vez que les localicé —informó el encargado—, estaban en este punto —y señaló las coordenadas correspondientes a su vuelo.

—Muy lejos aún.

—Regresan, pero con dificultades. Avanzan a una media de un punto...

—¡Un punto!

—Seguramente no pueden adquirir mayor velocidad, aunque ignoro los motivos. La pila estaba en perfecto estado. No me lo explico. De veras.

Gora tuvo un presentimiento.

—Escuche. ¿Los precintos estaban puestos en la entrada del hangar?

—Por supuesto. Yo mismo los desconecté.

—Quizá... alguien los ha desconectado antes —murmuró Gora, y permaneció allí atento a cualquier noticia que pudiera producirse.

* * *

En la nave, Aldaya respiraba con dificultad.

—Ponte la escafandra. Yo procuraré aguantar un poco más.

—Estoy intentando hacer lo mismo... De todos modos nos faltará oxígeno para llegar.

—¡Póntela! Voy a hacer un intento. Sé que es una locura, pero si consiguiera aproximarme...

Cuando Aldaya se hubo enfundado la escafandra, Doren se jugó el todo por el todo.

Conteniendo el aire que aún conservaba en sus pulmones, tiró con fuerza de la palanca.

Esta vez la nave, falta de la estabilidad habitual en ella, sufrió una sacudida. Del indicador correspondiente saltaron chispas, indicativas de que no había pila suficiente para resistir el ritmo, pero aun así la nave avanzó fugazmente hasta el tope para ir retrocediendo lentamente.

«Si consigo esta velocidad durante un buen rato entraré en la zona B... y los de la base tendrán menos facilidades para localizarnos, si es que aún se acuerdan de nosotros», pensó para sí.

Aldaya había abierto desmesuradamente los ojos al ver que ya ningún mando respondía.

El joven que se mantenía aferrado al velocímetro, se estaba asfixiando. Aldaya le colocó la escafandra al darse cuenta. El aspiró un par de veces y murmuró:

—Quítamela. Me hará falta más tarde.

Ella obedeció quitándose la suya a su vez.

La nave seguía perdiendo ritmo.

«Cuando llegue a cero ya no habrá modo de dominarla», pensó el piloto.

» Pulsó la palanca del gas de emergencia. Sabía que a consecuencia del fallo general no conseguiría gran cosa, pero se alegró de comprobar que durante unos instantes el bólido mantenía el ritmo.

Miró las coordenadas y observó los puntos que faltaban para llegar a la zona B.

Sólo trece. Trece puntos. La velocidad era buena. Si podía mantenerse...

Doce...

«Esto va bien.»

El punto once y diez pasaron veloces, pero a partir del nueve la marcha se ralentizó. El punto ocho no acababa de surgir en la pantalla. Y a Doren le faltaba aire.

* * *

—¡Tratan de acercarse a la zona B! —exclamó el encargado de la base—. Si lo consiguen podremos localizarles sin interferencias y sabremos lo que ha ocurrido.

—Demasiado lentos —replicó Gora.

—Han dado un buen impulso. Pero efectivamente aún están muy lejos de nosotros. A este paso tardarán mucho en llegar.

—Intente comunicar de nuevo.

—Es imposible. Hasta que lleguen a la zona B.

Gora observó en la pantalla que acababan de traspasar el punto ocho. Y tuvo una idea.

—¡Mande una nave de socorro! Equípela con lo mejor que tenga. Cuide de ello personalmente.

—Nada podrá hacer si no les localizamos.

—Por lo menos, que estén en esa zona. Ya les daremos instrucciones en cuanto nos sea posible enterarnos de dónde están.

La nave tardó muy poco en ser lanzada al espacio, pero las posibilidades de llegar a cumplir su misión eran cada vez más escasas porque…

* * *

Doren tenía puesta la escafandra porque ya le era imposible seguir aguantando.

Estaban al punto siete. Muy lejos. Demasiado lejos.

La muchacha había agotado el oxígeno de reserva y el piloto le cedió el suyo.

—No, Doren. Tú puedes hacer mucho más que yo.

—Resistiremos hasta el final —musitó él.

Volvió a los mandos. Había dejado libre de trabas todo el equipo y una vez más tiraba hasta el máximo.

—Ni siquiera sé cómo funcionamos. No hay pila. No tardaremos en quedar a merced de la ingravidez.

Rápidamente la reserva de oxígeno de las escafandras había tocado fondo.

Ya no había atmósfera que respirar. Se asfixiaban.

Entre estertores agónicos Doren y Aldaya notaron la sacudida de la nave, como si algo les hubiera golpeado. Ambos sabían que aquello era el aviso de que falta de todo control sería absorbida por el espacio.

Sus cuerpos flotaban ya dentro del triángulo, mientras el bólido aumentaba la velocidad en una caída abismal.

Era el fin…

Sin embargo, la caída les aproximaba a la zona B.

Punto seis, punto cinco, punto cuatro, punto tres…

—¡Ahí están! —gritó esperanzado el encargado de la base. Luego,

juntamente con Gora y los otros ayudantes, observaron cómo el bólido había perdido todo control.

El propio profesor pulsó las teclas de la computadora para transmitir órdenes a la nave de socorro.

Y la perfección de aquellos triángulos voladores se puso de manifiesto cuando a los pocos instantes el bólido con los socorristas daba alcance al averiado.

—Toberas de absorción —dijo el jefe del bólido.

De inmediato se pusieron en práctica las poderosos medios de rescate. Gruesas toberas mantuvieron la nave que iba a la deriva en paro.

Frenada ya la caída espacial, los poderosos chorros que surgían de las mochilas de los socorristas les permitieron avanzar hacia la pequeña nave.

El láser suavizado perforó la bóveda visual que permitió entrar en la nave.

Los cuerpos de Aldaya y Doren flotaban en el interior en un estado casi perenne de asfixia.

El poder del oxígeno inundó la nave, y aunque por la abertura se escapaba el aire vivificador, quedaba el suficiente para que ambos consiguieran reanimarse medianamente.

Los socorristas, provistos de escafandras de repuesto, se apresuraron a colocarlas a los moribundos, procediendo seguidamente a su traslado.

Cada uno tomó sobre sí a uno de los auxiliados para transportarlo a la nave salvadora.

La operación de pasar de una nave a otra a travésde un pequeño trecho en pleno espacio se realizó en breves momentos.

Cuando todos llegaron a la nave de socorro, en la base, el profesor Gora lanzó un suspiro.

—Se ha logrado —dijo, pero en seguida el encargado echó de menos al tercer astronauta.

—Falta uno, profesor —dijo.

—Ya me he dado cuenta —fue la respuesta de Gora—. Espero que Doren pueda contarnos lo sucedido.

CAPITULO IV

Repuesto ya Doren, juntamente con Aldaya dieron las explicaciones pertinentes y la idea del sabotaje tomó consistencia en la mente de Gora.

—Nunca lo dije a nadie, pero es hora de que exteriorice mis sospechas —anunció el profesor.

Con él, además de la pareja de astronautas, estaban presentes el encargado general del laboratorio y el jefe de instrucción para la seguridad común de la sociedad de la colonia.

Tras un breve silencio Gora continuó:

—Se diría que alguien está laborando contra nuestros descubrimientos.

—Lo dice usted por el planeta Kornio, ¿verdad? —inquirió Doren.

—Es posible. Tú has estado allí por una emergencia. No te lo puedo reprochar. Era un caso realmente grave. Sin embargo...

—Profesor, si lo dice por Gin debo insistir en que él quedó afectado antes.

—Víctima de un sabotaje —puntualizó Gora—. De eso ya no cabe duda. Quisieron eliminaros a los tres.

—Pero ¿por qué? ¿Con qué fin? —intervino Aldaya.

—Eso es lo que ignoro.

—¡Profesor! —exclamó el jefe de instrucción—. Si insinúa que alguien de los nuestros puede hacer fracasar todos los proyectos e incluso llevar a eliminar a lagente, lo considero absurdo. ¿Qué podría ganarcon esto? La seguridad general es una cosa que debe preocuparnos a todos, porque a todos afecta.

Gora quedó largamente pensativo, hasta que Doren interrumpió su silencio para inquirir:

—Diga claramente lo que piensa, profesor. Necesitamos estar preparados si es que efectivamente alguien se propone perturbar

nuestra buena marcha.

—No lo sé. Es algo ambiguo. Un presentimiento. Más que eso... Algo está fallando. Lo de Kornio, por ejemplo... Es como si alguien intentara sabotear los intentos de adoptar el planeta a nuestra constitución.

—Pero esto significaría que en Kornio existen seres —replicó el jefe de instrucción y seguridad.

—Por eso mismo... En Kornio no hay vida. Un ser de nuestra contextura física no podría aguantar mucho tiempo...

—Usted opina que el ataque se produce desde el interior de nuestra colonia —instó el encargado.

—Tenemos ciento cuarenta colonias, señores —adujo el profesor—. ¡Quién sabe! De cualquiera de ellas puede venir ese solapado ataque.

—Ordenaré una inspección a fondo —aseguró el jefe de instrucción y seguridad.

Pero por la forma de mirar de Gora, Doren comprendió que aquella medida no era realmente suficiente. Había algo más.

Algo más...

* * *

Doren y Aldaya se separaron y, cada uno en cohetes de tipo doméstico, recorrieron los distintos satélites que formaban la colonia.

—Debe ser un trabajo muy sutil —les había recomendado el propio Gora—. En realidad, no sabemos lo que buscamos. Tenéis que abrir bien los ojos.

Por su parte, el jefe de instrucción había dado órdenes de intensificar los servicios de entrenamiento de los jóvenes en cuyas manos descansaba la seguridad de las colonias.

Una veintena de esos jóvenes, debidamente preparados, y cada uno obrando independientemente, tomó parte en la tarea de inspección.

La operación revistió el máximo secreto, pero alguien tuvo conocimiento de ella.

Alguien que por la noche recibió un mensaje en su radio privada. Un mensaje libre de interferencias.

—Puedes escuchar y hablar sin miedo, A-II. Sabemos que Gora sospecha, pero no está seguro. Debes permanecer atento. Estamos seguros de que no podrán descubrir nada, pero necesitamos información hasta tanto no dispongamos de todos los medios necesarios para que nuestros ojos y nuestros oídos puedan estar en todas partes.

—Entendido —respondió el llamado A-II en la oscuridad de su cuarto de descanso.

* * *

Joskyn, el empedernido jugador, regresó al cuarto de recreo dispuesto a emprender su partida.

Storen, libre de servicio, estaba tomando parte en uno de los juegos.

Con un tubo de rayos absorbentes o extractores, trataba de alcanzar y paralizar la bola de un contrario, pero no lo consiguió porque la risa de Joskyn le hizo perder la atención.

—Así jamás lo lograrás, Storen. Eres un aprendiz. No juegues con bolas de verdad si no quieres arruinarte.

—¡Maldita sea! ¡Esta la hubiera conseguido! —se quejó el jefe.

—No es culpa mía que te falle la habilidad. Yo pienso que todos los guardas deberían pasar por esta pruebaantes de ser admitidos. El pulso es muy importante. Lo he dicho siempre. Todo es cuestión de pulso. Fíjate en mí. Ocuparé tu puesto.

—¡Eh! —protestó uno de los jugadores—. Pero esta vez no vale. Tú no estás en juego.

—Tranquilos, muchachos. Es sólo una demostración.

El habilidoso juego consistía en desparramar las bolas por unos pequeños surcos. Cada cual tenía que atraer las que pudiera valiéndose de un tubo provisto de gatillo —especie de pistola— que paralizaba primero las bolas del contrario, y seguidamente las atraía. El contrario, a la vez que tenía que capturar las bolas del enemigo, debía al mismo tiempo defender las suyas, y cuando una de ellas quedaba capturada tenía que luchar para sustraerla del rival. A veces esta acción defensiva era aprovechada por el antagonista para capturar otra bola, y si tenía la suficiente rapidez para atraer a «la base», conseguía hacerse con ella.

El juego, además de pulso y habilidad, necesitaba una gran dosis de reflejos y no poca inteligencia. Conseguir la máxima captura a costa de la mínima pérdida era el éxito que suponía hacerse con la propiedad de las bolas capturadas.

El material de aquellas bolas poseía un gran valor en el espacio. Era un metal que en otras galaxias o generaciones hubieran valorado mil veces por encima del platino. Era sólido, indestructible, resistente a toda prueba y podía utilizarse como generador de energía. Por todo ello ya estaba empezando a ser codiciado.

Joskyn mostró su habilidad atrayendo y consiguiendo la bola que Storen había perdido.

—No hay quien pueda contigo —sonrió su jefe—. Pronto vas a ser un hombre rico...

—Quién sabe. A lo mejor los jefes del planeta me pagan bien por ellas —rio el joven experto.

* * *

En otros satélites se jugaba igualmente para distracción de los ocios.

Incluso el propio Doren tomó parte en una partida entre antiguos amigos.

—Vendedme tres bolas. Yo no dispongo de ninguna.

—Te las prestaré —dijo uno de los amigos—. Si las sabes defender,

ya me las devolverás. Si las pierdes, me las pagarás. Esto es muy difícil de adquirir últimamente. La fábrica no da abasto. El profesor Gora las necesita para sus experimentos.

—Pero si esto no se fabrica —respondió divertido Doren—. Es un producto natural que se descubrió los últimos tiempos en nuestro planeta.

—Por eso. Ya no se puede extraer —le replicó el compañero—. Y Gora lo fabrica artificialmente, pero su consistencia es inferior. Las únicas que valen son las auténticas. Como éstas…

Doren tomó las tres bolas y las mantuvo en la palma de su mano derecha. Tenían una tonalidad viva. Eran fuertes y poco pesadas a la vez. Realmente aquello era un auténtico tesoro. Y en su mente recordó las enseñanzas aprendidas respecto a aquella clase de metal.

«Utilizado convenientemente genera energía. Es imprescindible para la dirección del láser dirigido y puede modificar la dirección de las ondas y aun interrumpirlas…»

—No. No voy a jugar —dijo repentinamente, y en un lugar a solas entabló contacto con Aldaya desde su transmisor particular, pequeño artefacto de bolsillo que llevaba, claro está, siempre con él y dispuesto para conectar.

Encontró a Aldaya en el satélite E-101.

La «E» inicial al número del habitáculo correspondía a la palabra «Experimental». Luego se cambió el nombre por el de «C», relativo a Colonia, pero generalmente solía designarse la inicial por el nombre primitivo.

—Voy para allá. Tengo algo que consultarte y no puedo hacerlo a través de las ondas —dijo él.

—Te esperaré en el hangar —repuso ella.

—¿Hay novedades?

—Por ahora, no —replicó ella.

—Hasta dentro de un rato —repuso Doren cortando la comunicación.

Aldaya había salido de una de las salas de esparcimiento y recreo.

Era una especie de club donde la gente se reunía para hablar, tomar aperitivos o reconstituyentes y cambiar impresiones. Venía a ser la sociedad comunal de que disponía cada habitáculo, aparte de los clubs privados.

Al salir al corredor se tropezó con un conocido de su centro de estudios: Stollen.

Al principio charlaron de cosas intrascendentes, y Stollen la invitó a uno de los clubs privados.

—Te presentaré a mis nuevos amigos. Una mujer como tú debe ser conocida por la clase selecta.

—No existen las clases selectas. Hace generaciones que desaparecieron —sonrió ella—. ¿Por qué os empeñáis en autotitularos de gente superior?

—No es que seamos superiores, pero tenemos otras normas. Todos los del club pertenecen a la clase dirigente. Tributamos para que la Administración de la colonia investigue. Esa es la diferencia.

—Eso no os convierte en superiores.

—¿No? Entonces, dime tú… Sin el abono, ¿cómo conseguirían crecer nuestras plantas? ¿Sin las semillas debidamente seleccionadas, cómo se producirían nuestros licores, nuestros estimulantes, los medicamentos para combatir las enfermedades espaciales?

—Yo no niego vuestro mérito, me limito a reprochar ese afán de notoriedad.

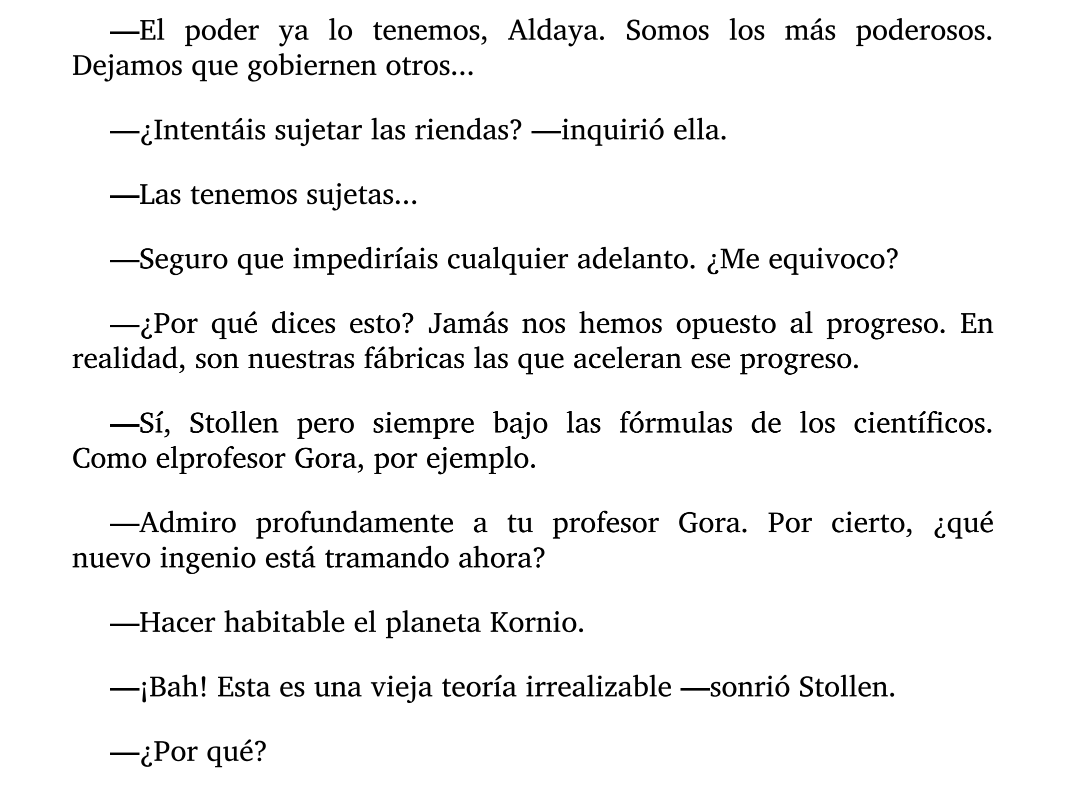
—Contigo quiero ser como uno más…, porque sabes que te he admirado siempre por tu inteligencia y por tu belleza. Anda, vamos.

—Lo siento, pero tengo el tiempo muy escaso.

—No te robaré demasiado.

A Aldaya le convenía entrar en uno de aquellos clubs privados, para inspeccionar su marcha y estar atenta a posibles irregularidades.

—Lo malo de vosotros —murmuró al entrar en una de las lujosas salas privadas— es que más de uno piensa volver a los viejos tiempos. Yo aún no había nacido, pero me he informado mucho sobre las luchas por el poder.



—El poder ya lo tenemos, Aldaya. Somos los más poderosos. Dejamos que gobiernen otros...

—¿Intentáis sujetar las riendas? —inquirió ella.

—Las tenemos sujetas...

—Seguro que impediríais cualquier adelanto. ¿Me equivoco?

—¿Por qué dices esto? Jamás nos hemos opuesto al progreso. En realidad, son nuestras fábricas las que aceleran ese progreso.

—Sí, Stollen pero siempre bajo las fórmulas de los científicos. Como elprofesor Gora, por ejemplo.

—Admiro profundamente a tu profesor Gora. Por cierto, ¿qué nuevo ingenio está tramando ahora?

—Hacer habitable el planeta Kornio.

—¡Bah! Esta es una vieja teoría irrealizable —sonrió Stollen.

—¿Por qué?

—¡Yo qué sé! He oído hablar que la cantidad de ácido hidroformo que precisa es imposible de fabricar... Y aunque la consiguiera es susceptible a recibir interferencias...

—¿Qué interferencias?

—Deja de preguntar como una científica. No te he traído aquí para eso. Ven.

La condujo a través del lujoso salón para introducirla en uno de los apartados privados.

—¿Por qué me traes aquí, Stollen?

—No para hablar del hidroformo precisamente, querida... Siempre me he sentido atraído por ti.

—Lo siento. No eres mi pareja.

—Lo suponía. Pero no creo que esto tenga muchaimportancia. En cambio, yo puedo ayudarte a comprender que estás equivocada.

—¿De veras, Stollen? No me apetece.

—No pretendo suplicarte.

—Ya sé que te sientes superior —bromeó ella.

—No te burles.

—Una negativa es una negativa. No insistas.

—¡No insisto! ¡Deseo!

La sujetó y la muchacha trató de defenderse con enérgico ademán.

—Debes reportarte, Stollen. Creí que querías tener conmigo una charla amistosa.

—Ya hemos hablado demasiado. ¡Te quiero a ti!

—¡Déjame! No me obligues a atacar.

—¿Crees que podrías conmigo? Yo también poseo buenas enseñanzas. ¡Te dominaré!

Lejos de parecer un aspirante al amor, Stollen adoptó la actitud de quien se apresta a la lucha.

En aquel instante sonó el intermitente de la radio. Era Doren. Acababa de llegar al satélite.

—Me esperan, Stollen. No pongas las cosas difíciles. Tú perderías.

El hombre la miró con una mezcla de altivez y desdén.

—Tú y tu amigo vendréis algún día a suplicarme… —escupió.

CAPITULO V

—Era una amenaza. Estoy segura —repitió Aldaya cuando ambos por separado se dirigían al satélite rector.

Hablaban a través de los respectivos receptores volando a la misma distancia, tan próximos que podían verse a través de sus respectivas bóvedas transparentes.

—Debes tener cuidado con ese Stollen —dijo él.

—No te preocupes. Sé defenderme, y te aseguro que no me arrepiento de este encuentro.

—¿De veras?

—Stollen es del grupo de los poderosos. No hemos podido hablar mucho tiempo. Me gustaría profundizar en sus ideas.

—Demasiado peligroso.

—Puede que sea una base por donde empezar nuestras investigaciones.

—Los que se autotitulan poderosos no son los más peligrosos. Tienen ya lo que desean.

—Nunca se tiene lo bastante, Doren. Además, parece estar muy convencido del fracaso del profesor Gora. ¿Sabes lo que pienso? Debería aceptar sus requerimientos.

—No me gusta esta idea.

—Quizá podría sacarle algunas cosas. A mí tampoco me agrada ser su pareja, pero lo que nos jugamos es mucho peor.

Doren prefirió guardar silencio. La libertad absoluta en las resoluciones era primordial en la existencia de la comunidad. Él no podía oponerse a la labor de Aldaya, entre otras cosas porque no le habían nombrado director de la operación.

Operación que por otra parte no había dado ningún fruto.

Y ya en presencia de Gora, del encargado general de la base y del

jefe de instrucción y seguridad, todos los miembros que habían tomado parte en la misión presentaron sus informes totalmente negativos.

Ninguna sospecha, ningún indicio que permitiera establecer un principio de rebeldía. Todo parecía normal en el resto de la colonia.

Sólo Doren expuso una teoría.

—El metal extraduro. Esas bolitas que son el juego predilecto de la mayoría —dijo—. Usted, profesor, conoce sus propiedades. Todos las conocemos.

—Sí —admitió Gora.

—Usted ordenó fabricar un metal sintético.

—En efecto.

—Pero no es lo mismo, ¿verdad?

—No, ciertamente, pero su mezcla con el hidroformo establece la potencia suficiente.

Aldaya se interpuso.

—¡Hidroformo! —recordaba las palabras de Stollen cuando le dijo que la cantidad capaz de producir era insuficiente.

El profesor, por su parte, ratificó:

—Sí. La producción sería insuficiente, pero el metal sintético le da la fuerza suficiente. No entiendo dónde quieres ir a parar, Doren.

—Supongamos que el planeta oculte en su superficie esa clase de metal. ¿No sería éste un poder suficiente para desviar todos sus esfuerzos? Todos sabemos el poder que posee ese mineral…

—De acuerdo. Un planeta con estas características podría dificultar nuestra labor, pero en las investigaciones previas —recordó Gora— no se encontró el menor vestigio de eso a lo que dimos el nombre de uranino.

—Quizá no se investigó lo suficiente, profesor.

—No opino como tú, Doren. Es más. Estoy seguro que no existe uranino en Kornio.

—Pero se puede llevar —replicó el joven pensativamente.

* * *

—Olvídate de Stollen por ahora —insistió Doren a solas con Aldaya en el cuarto de ésta.

—No tengas recelo, querido Doren. Mi vida es para ti. Nos pertenecemos, aunque aún no nos hayamos decidido a convivir juntos…

—Calla y escúchame. No hablo por recelo… Pienso en otra cosa. En el uranino… ¿Cuánto calculas que existe en la colonia?

—Nunca se me ocurrió imaginármelo —replicó ella.

—En todos los hogares existen bolas de ese tipo. Llegó a ser tan asequible que nadie se privó de tener unas cuantas en casa para jugar por diversión. En cambio ahora me consta que se juega por interés. Todos quieren ganar para aumentar su colección convencidos del valor que tiene lo que ya es imposible conseguir.

Aldaya recordó algo y lo expuso:

—El profesor Gora dijo en cierta ocasión que el exceso de ese mineral era lo que había atraído al planeta que chocó…

—Exactamente —cortó Doren—. Aunque durante millones de generaciones el uranino fuera ignorado, estaba en nuestro planeta y lentamente atraía a los cuerpos afines. Luego empezó a ser manipulado y acelero el fin que previno Gora.

—Piensas que…

—Es sólo una sospecha, Aldaya… Esas bolitas de apariencia insignificante no tienen sólo un gran valor material, ahora que ya es imposible extraerlas mecánicamente como simples pedruscos. Esas bolitas… debidamente manipuladas pueden entorpecer lo que el profesor se propone…

—¿Desde aquí?

—No, Aldaya. Desde aquí no sería posible. Tiene que ser desde

«allí». Desde Kornio.

—Eso significaría que en Kornio existen seres vivientes, y sabemos que allí la vida para un ser como nosotros es absolutamente limitada. Lo sabemos.

—Debemos hacer una investigación sobre esto, Aldaya. Debemos averiguar si alguien ha echado de menos bolas de uranino.

—Habrá que ir a las fábricas.

—No. Existe un control demasiado riguroso. De echar en falta el metal lo habrían denunciado.

—A menos que fueran los propios dirigentes… como Stollen quienes lo hubiesen robado.

—Olvídate ahora de Stollen. Es sólo un desgraciado.

—Yo no diría eso. Recuerda su amenaza. Sé que sus palabras encerraban una amenaza.

—Es posible, pero de momento no me preocupa. Son los jugadores. Los coleccionistas. Ese es mi objetivo. Una buena cantidad de esas bolas constituiría de por sí el elemento necesario para la interferencia. Ocúpate de esto, por favor.

—¿Y tú? Sé que te propones algo.

—No puedo decírtelo porque se trata de algo absolutamente ilegal. Pero tengo que hacerlo.

Aldaya adivinó:

—Pretendes volver a Kornio.

—Sí.

—¡No debes hacerlo!

—¿Recuerdas a Rufu, Aldaya?

—Sí, claro…

—Rufu era amigo mío. El y su padre desaparecieron en Kornio. Formaban parte de la expedición que dirigían el profesor Galler y su ayudante Aksen. Jamás volvieron. Rufu tenía un presentimiento…

—Pero eso no justifica que te saltes las normas.

—En realidad, no me salto nada. Gora está deseoso

de investigar, pero no se atreve a dar la orden para no exponer nuevas vidas. Ya le conoces. Es una gran persona. Detesta los riesgos que considera inútiles.

—Precisamente por inútiles...

—Sé que no es inútil, Aldaya. Además, iré bien preparado. No me ocurrirá nada.

—¿Y cómo vas a conseguir un bólido?

—No es tan difícil. Y cuando se den cuenta yo ya estaré lejos.

—Si vas, quiero ir contigo —adujo la muchacha.

—No. Tú haz lo que yo te he pedido. Comprueba si algún coleccionista de bolas de uranino encuentra a faltar alguna.

Resignada, la muchacha preguntó:

—¿Estarás en contacto conmigo?

—Sí. Por nuestro transmisor particular. ¡Ah! Y no hables con nadie de esto —recalcó Doren.

* * *

Era la hora del descanso cuando Gora no aparecía por ninguna parte.

Su ayudante andaba tras él sin resultado.

Habló a través del telerreceptor con el jefe de instrucción y seguridad.

—Creía que estaba con usted. Siento haberle molestado.

—¿Dice usted que no encuentra al profesor? —preguntó el de

seguridad.

—Quizá debe hallarse en alguna otra zona inspeccionando. Últimamente se muestra muy reservado. No sé. No sé lo que le pasa. Me dio todos los informes referentes a su trabajo. Lo estamos llevando adelante, pero desde entonces apenas aparece por los laboratorios.

—Bueno, quizá no haya motivo de alarma. De todos modos, si lo cree conveniente, mandaré a alguien.

—Se lo agradecería. Su desaparición me preocupa. —¿Considera que se trata realmente de una desaparición? —inquirió el jefe de instrucción y seguridad.

El ayudante de Gora dudó: —No podría decírselo exactamente, pero… —Está bien. Tendrá a esa gente. En los momentos actuales la vida del profesor nos es muy necesaria.

* * *

Simultáneamente a la llamada que acababa de realizar el ayudante de Gora al jefe de instrucción y seguridad, Doren se hallaba en uno de los corredores de la zona de los hangares.

La vigilancia reforzada en los últimos tiempos le impedía actuar con mayor celeridad. No obstante, en un momento en que la gran nave quedó prácticamente solitaria, se aventuró a salir dirigiéndose rápidamente hacia los controles que mantenían la iluminación.

Alguien —un par de guardianes— surgieron de un recodo. Doren accionó rápidamente una pequeña pila dirigiéndola hacia los conductores internos de la energía. Se produjo una pequeña chispa y todo quedó a oscuras.

Esto ocurría en el instante en que los guardianes habían visto a lo lejos la silueta de Doren.

—¡Eh! ¿Quién va? —gritó uno de ellos.

Doren no estaba seguro de que hubiesen podido reconocerlo y prosiguió su marcha a tientas, después de haber calculado mentalmente el camino que debía seguir hasta llegar a uno de los

hangares, donde habitualmente se hallaba preparado un bólido perfectamente equipado.

—¡Maldita sea! —gruñó un guardián—. Hay que avisar a la central para que devuelvan la luz.

El otro guardián tropezó con algo y se quejó del golpe recibido, mientras Doren se aproximaba ya a lapuerta del hangar circular en cuya plataforma esperaba encontrar el aparato.

No tardó en sonar la alarma reflejando la anomalía de la luz.

El joven alcanzó la puerta y la traspuso rápidamente. No había precinto alguno, toda vez que no estaba preparado ningún vuelo especial.

Dentro ya del recinto accionó su lámpara portátil cuyo chorro de luz enfocó directamente el bólido situado en la plataforma.

Simultáneamente observó la bóveda moverse para dar paso a la nave.

¡Alguien se hallaba dentro dispuesto a partir!

Se produjo el zumbido característico que precedía al despegue.

Doren pensó que a otro se le había ocurrido la misma idea de una fuga clandestina y se dirigió rápidamente a los mandos de emergencia.

Sobre un pequeño pupitre se hallaba la llave que cortaba el fluido en última instancia. Era una precaución para evitar que una avería detectada a última hora pudiera ocasionar una catástrofe a la nave.

Tras accionar la palanca, cesó el zumbido, pero la puerta del bólido permaneció cerrada.

Doren sabía que había alguien dentro. Alguien que tal vez viendo frustrado su intento se dispondría a atacarle.

Cerró la poderosa luz y cambió de posición, procurando que una vez aclimatados sus ojos a la oscuridad, y guiados por el instinto, pudiera descubrir al posible tránsfuga.

Durante unos instantes el" silencio fue absoluto. El menor chasquido indicador de que la puerta del bólido se abriera.

La tardanza impacientaba a Doren porque sabía que desde el otro

lado del hangar le estarían buscando y en cuanto volviera la luz entrarían en el hangar.

Adrede hizo un ruido para llamar la atención de lapersona que seguía oculta, tomando la precaución a su vez de variar nuevamente de posición.

Por fin se produjo el casi inaudible sonido de la puerta al deslizarse.

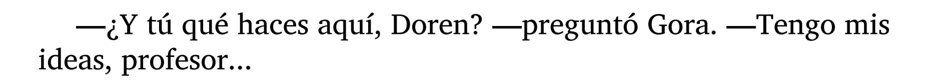
En la oscuridad le pareció adivinar una forma alta, corpulenta, que se erguía sobre la plataforma.

Le dirigió todo el chorro de luz de su potente lámpara, al tiempo que el hombre murmuraba:

—Sea quien sea no importa. Deseaba que nadie supiera lo que me proponía.

—¡Profesor! —gritó el joven al descubrir que era Gora el que se hallaba junto al bólido.

CAPITULO VI



—¿Y tú qué haces aquí, Doren? —preguntó Gora. —Tengo mis ideas, profesor...

—Las mismas que yo. Sospecho que ambos nos dirigíamos al mismo lugar.

—¿Usted...? —empezó el joven.

En aquel momento volvió la luz del hangar con toda su intensidad.

—¿Fuiste tú el que provocaste la avería? —preguntó Gora.

—Sí, profesor. Y no tardarán en encontrarnos.

—Está bien, saldremos juntos. No permitiré que te acusen por esta vez. Al fin y al cabo, yo también iba a saltarme mis propias normas.

—No, profesor —y Doren en unas zancadas alcanzó lo alto de la plataforma para situarse junto a Gora—. Usted quédese. Yo iré.

—¡No lo permitiré!

Los instantes pasaban raudos, pronto se abriría aquella puerta y los hallarían a ambos discutiendo.

—Usted es necesario aquí —exclamó el joven, entrando en la cabina—. No hay tiempo que perder. Apártese. Voy a salir.

—Quizá sea una locura, Doren. Pero este viaje no lo harás solo. —Entró de golpe.

La puerta de la cabina se cerraba en el momento en que un enjambre de guardas entraban en el hangar.

—¡La palanca de emergencia! Tú la has conectado —adujo Gora, ya desde el interior.

Doren sonrió:

—Sí Pero he vuelto a dejarla en su sitio —y pulsó el contacto para el despegue.

El bólido subió verticalmente a toda velocidad.

Lejos ya del satélite rector, Doren se lamentó:

—Debería preocuparme su presencia aquí, profesor Gora. Usted es necesario allá abajo. Sin embargo, me alegro. Siempre había soñado con volar junto a usted.

El profesor, muy gravemente, repuso:

—¿Has pensado que éste puede ser un vuelo sin regreso?

Doren no contestó. Naturalmente lo había pensado. Pero pensaba al mismo tiempo de que en cualquier caso, si descubría algo, tendría oportunidad de transmitirlo a través del receptor para poner en antecedentes a los dirigentes del planeta a través de Aldaya, su único contacto.

***

Aldaya realizaba ya sus primeras indagaciones, cuando la gente del jefe de instrucción y seguridad buscaba inútilmente a Gora.

Fue su ayudante quien encontró el mensaje grabado en la pantalla de trabajo.

«De momento considéralo secreto. Estoy en Kornio. Si me es posible, conectaré contigo.»

Eso era todo..

Aldaya acudió a los salones de recreo en busca de jugadores de bolas.

Ella llevaba las suyas. Se ofrecía como jugadora para empezar el diálogo.

—¡Eh, chicos, creo que por aquí anda un ladrón de bolas!

—¿No lo dirás por nosotros?

—Es que dejé un momento mi estuche no sé dónde y me faltan dos.

—Nunca faltan maníacos, pero es extraño, ¿no? —manifestó uno.

—¿Nunca os han robado a vosotros?

La respuesta en casi todas partes fue negativa.

Joskyn, el «especialista», hablaba de su fabulosa colección. Bueno, eran otros los que le hacían la propaganda.

Cuando la muchacha pasó al apartado donde el joven solía jugar con sus compañeros, se hallaban presentes Storen y los habituales.

—¿Es verdad que tienes tantas, Joskyn? —murmuró ella—. Pues ve con cuidado que no te las quiten.

—¡Qué va! —adujo Storen—. Este las cuenta cada noche. Es un verdadero avaro de sus bolitas.

—No le hagas caso al jefe Storen. Habla por envidia. El no tiene mi habilidad.

—Tampoco me interesa. Esto es vicio. Puro vicio. Presiento que algún día terminará mal.

Aldaya se puso a jugar con los demás. Su habilidad no era ni con mucho la de Joskyn, pero tampoco hacía un mal papel.

Perdió un par de bolas, pero la suerte le favoreció ganando una a otro rival.

Cuando la partida se dio por terminada, Joskyn guardó sus ganancias en una bolsita de lona.

—¿Este es tu tesoro? —preguntó ella.

—No. Esto lo llevo para jugar. Lo que tengo lo guardo en mi estancia. ¿Te interesa verlo?

—¿Para qué? Yo hago esto por distracción… Prefiero…

En aquel instante apareció en el pequeño cuarto la última persona que la muchacha esperaba ver por el satélite: Stollen.

—¿A qué te dedicas? —preguntaba en aquellos momentos Joskyn.

—Ya te lo contaré, Joskyn. Enséñame tus bolas. Pienso que será interesante ver tu colección —replicó ella de pronto.

Joskyn se alegró de la decisión de la muchacha, que sintió clavada sobre sí la mirada impertinente de Stollen. No obstante, aunque momentáneamente huyera de él por sugerencia de Doren, no quiso aparentar indiferencia, por si algún día tenía que llevar a término su plan. Por eso le dijo:

—¡Hola, Stollen! ¿De excursión? Algún día nos veremos, ¿sabes? No siempre se tiene la oportunidad de subir unos peldaños.

En cierto modo esto era una especie de burla, pero conociendo a la clase de seres como Stollen, pensó que a la vez servíatambién de estimulante a sus deseos.

Stollen observó las hermosas extremidades inferiores de la muchacha y su recta espalda, mientras se alejaba.

—¿Viene a jugar, amigo? —le preguntó uno de los partícipes de la partida.

—¿Por qué no? —sonrió Stollen y mirando hacia la puerta por la que la muchacha se había ido acompañada de Joskyn añadió—:Bonita mujer, ¿eh?

Los otros rieron. Storen fijó atentamente su atención en el recién llegado.

***

Joskyn se mostraba muy ufano de su colección:

—Setecientas cincuenta y dos unidades —anunció, mostrando que llevaba perfectamente la cuenta de aquellas preciadas bolas.

—Ya veo que tienes una fortuna.

—Lo será. Algún día lo será.

—¿Por qué dices esto?

—Se rumorea que alguna vez tendremos un planeta donde vivir, ¿no es eso?

—Pero pueden pasar generaciones.

—Y yo puedo tener descendencia, ¿no te parece? —sonrió él.

—Claro. ¿Por qué no?

—Es bonito dejar algo a los descendientes… —la miró fijamente y añadió—: ¿Te interesaría?

—No, Joskyn. Sólo he venido a ver tu colección.

—Entonces, olvídalo.

—Bien, Joskyn. Guarda tu tesoro. No sea que te lo roben.

—Lo tengo bien controlado. —Y tomó las bolas una a una para colocarlas en una caja metálica.

—Quizá te parezca una tontería, pero a veces pienso que esto puede cambiar el signo de los seres.

—¿Por qué? —pregunto ella.

—Eso vale. Es un metal preciado. En cambio, la moneda que nos sirve para adquirir las cosas, es sólo un símbolo. Se decía que en algún tiempo el uranino sería la verdadera moneda, pero tuvimos que abandonar el planeta. Yo pienso en el futuro, ¿sabes? Y sé que esto valdrá, porque es el más preciado metal. Fíjate cómo reluce.

Joskyn miraba como extasiado una de aquellas bolas que le servían para el juego.

Aldaya comentó:

—¿Y cómo la distinguirías de una sintética?

—¿Sintética?

—Se fabrican actualmente.

—¡Bah!

La muchacha sacó de su cajita una de las suyas.

—Joskyn. Te he engañado. Las mías lo son. Me las facilitó un amigo mío. Se fabrica material de éste actualmente. Sintético, ¿sabes?

—Déjame ver —el interés de Joskyn había crecido y tomó una de las bolas que la muchacha tenía entre sus manos. La comprobó con las

suyas.

—¿Qué miras?

—¿Son sintéticas tus bolas? —preguntó él, furibundo.

—Completamente. Yo no soy muy aficionada y para jugar entre amigos, éstas sirven lo mismo.

Joskyn apretó los puños y maldijo. —¿Qué te pasa?

—¡No pueden ser sintéticas tus bolas! ¡Son igual que las mías! —espetó.

—¡No, Joskyn! —exclamó Aldaya a su vez.

* * *

Lo eran.

Las bolas de juego de Joskyn eran una perfecta imitación de las auténticas. Lo comprobaron juntos en un laboratorio de emergencia del satélite.

—No puede ser. Quiero un examen a fondo, un examen manual —espetó Joskyn.

Contempló sus bolas. Una imitación producto de la fábrica de sintéticos.

—Si quieres podemos ir al laboratorio central, pero no creo que esto cambie las cosas, Joskyn.

Al salir del laboratorio, Stollen se hallaba cerca.

—¿Puedo hablar contigo, Aldaya? —inquirió.

—En estos momentos, no. Ya iré a verte yo. ¿Estás de acuerdo? —sonrió ella.

—No. No estoy de acuerdo —espetó Stollen—. Quiero hablar ahora.

—Oiga, Stollen o como se llame —clamó Joskyn—. Deje en paz a la muchacha. Ya lo ha oído. No quiere ir con usted.

—Bueno, bueno, no hay por qué pelearse —intervino Aldaya en tono persuasivo.

Stollen miró con acritud a Joskyn y éste le devolvió la desafiante mirada.

Intervino Storen, que acababa de surgir de otro corredor.

—¿Qué ocurre aquí?

—No estás de guardia, Storen, no te metas en esto —gruñó Joskyn.

—Soy encargado de la vigilancia. Cualquier cosa que

no sea normal, me interesa. Estabais discutiendo, ¿no? Te recuerdo, Joskyn, que perteneces a mi sección.

—¡No te metas en mis asuntos, Storen! —exclamó Joskyn fuera de sí.

—Tendré que recordarte que eres mi subordinado.

—Por favor —intervino Aldaya nuevamente.

Storen trató de llevarse a Joskyn, pero éste se negó.

—Déjame en paz.

A partir de ahí empezó una escaramuza entre los dos. Se trataba de una pelea en toda regla entre dos corpulentos atletas, a los que nadie era capaz de separar.

Stollen aprovechó la ocasión para tomar a Aldaya del brazo e insinuarle:

—Es mejor que nos separemos de ellos, ¿eh? Estas cosas no suelen terminar bien.

Aldaya dudó, pero acabó haciendo caso a Stollen. En su interior, seguía pensando que aquel hombre que se creía pertenecer a una clase superior, podía tener mucho que ver en las anormalidades de la colonia de satélites.

CAPITULO VII

El vuelo de la pequeña nave que compartían Gora y el joven Doren seguía a plena normalidad.

Claro está que en la base eran perfectamente conscientes de la fuga de «alguien». Pero no podían concretar los nombres.

Por su parte, el jefe de instrucción y seguridad, trataba de enlazar con los fugados a través de las pantallas, pero sus esfuerzos resultaban inútiles, porque ninguno de los huidos pensó en ningún momento contestar.

—Están nerviosos. Pero no contestaremos a esas llamadas, ¿verdad, profesor? —comentó Doren.

—Deberíamos hacerlo —repuso Gora, circunspecto—. No está bien burlar las leyes.

—Lo hacemos en provecho de la comunidad. Además, si exponemos nuestros propósitos, el enemigo quedará alertado. Lo ha pensado, ¿verdad?

Tras un silencio, Gora inquirió a su vez:

—¿Tenemos enemigos, en realidad?

Doren permaneció en silencio. Para sus adentros pensaba que sí, que había enemigos. Enemigos ocultos.

Pulsó un botón con ánimo de entablar diálogo con Aldaya, pero no recibió la menor respuesta.

Aldaya se encontraba en una de las estaciones de cohetes del tipo «doméstico». Era uno de los artefactos privados y pertenecía a su acompañante Stollen.

Ella escuchó perfectamente el intermitente de la llamada. Sabía que pertenecía a Doren, pero se abstuvode contestarla y cerró la conexión para que su acompañante no pudiera oírla.

—¿Estás dispuesta a venir conmigo? —le preguntaba Stollen en aquellos momentos.

—Lo estoy haciendo...

—Me alegro de que hayas cambiado de opinión —sonrió él.

—Bueno. Nadie piensa igual en todos los momentos de su vida, ¿no te parece?

—Me alegro de ese cambio —insistió él y cambió de tono—. ¿Qué demonios pasaba entre tú, ese Joskyn y Storen?

—Simplemente, una cuestión de superioridad.

—Joskyn habló de ir al laboratorio central. Le oí perfectamente. ¿Qué es lo que quería analizar?

Aldaya dudó unos instantes, pero al fin se dispuso a confesar:

—Sus bolas de juego. Bolas de uranino. Al parecer ninguna de ellas es auténtica. Se trata de las imitaciones que se fabrican en el satélite.

—¡Ah! —Stollen pareció darse por satisfecho, pero la muchacha, por el contrario, puesto que había empezado insistió sobre el mismo tema.

—¿Sabías tú que se jugaba con los sucedáneos?

—Yo no soy demasiado aficionado.

—Pero esas bolas valen mucho actualmente, ¿no? Por tu clase, debes jugar con material auténtico.

—Ya te he dicho que juego poco —cortó él.

Volaban ya hacia el satélite donde el hombre tenía su residencia. Ella —Aldaya— procuraba observar cada una de las reacciones de Stollen.

—Parece que te molesta hablar de esto.

—Sí, me molesta. Eso es todo. ¿Estás investigando acaso? ¿Por qué demonios me acosas a preguntas?

Las molestias de Stollen aumentaban. Aldaya aprovechó la ocasión para instigar:

—¿Por qué te enojas de ese modo? Al fin y al cabo, es sólo un comentario.

—Oye y déjame en paz de una vez... Te lo diré. Ennuestras fábricas producimos esa clase de productos. El mando nos los pidió. Tu profesor Gora —añadió con retintín— puso mucho empeño en la fabricación en gran escala.

-¿Y qué?

Tras un silencio, Stollen confesó:

—Bueno... El caso es que parte del material producido, desapareció. No era simple desperdicio, sino material dispuesto para modelar.

—¿Desapareció?

—Sí. Material sintético. Es una estupidez. ¿Para qué demonios puede querer nadie un metal prefabricado que carece de valor en absoluto?

Aldaya guardó silencio. Su mente había captado las posibilidades de aquel robo. Stollen creyó comprenderla.

—¿Piensas que las dos cosas tienen que ver?

Llegaron al planeta. Aldaya ya había hecho su composición de lugar. Tenía algo en su mente que necesitaba transmitirlo a Doren.

—Disculpa. Tengo que hacer una llamada. ¿Te importa? —pidió a su acompañante.

—Puedes hacerla en mi estancia. Allí nadie te molestará —invitó él.

—Preferiría hacerla aquí y cuanto antes...

—¿Vas a pedirle permiso a tu pareja para estar conmigo? —inquirió Stollen, sonriendo.

—Puede que sí. ¿Te extrañaría mucho? —rio ella a su vez.

—Está bien, está bien. Voy un rato a la sala de recreo número uno. Está aquí al lado.

—Espérame ahí, Stollen. ¡Ah! Oye..., quería hacerte una pregunta. La penúltima.

—¡Qué desfachatez! —rio él—. Bien. Suéltala. Eres imposible. No hay forma de llevarte la contraria.

—Stollen… ¿Investigasteis algo sobre la desaparición de ese material sintético?

—¿Del uranino? ¡Qué tontería! Claro que no. No vale nada. Únicamente el costo de producción. Pero la cantidad sustraída de nuestras fábricas no representaba demasiado. ¿Por qué te interesa tanto el asunto?

—¡Pse, curiosidad!

—Oye. No serás una espía, ¿eh? —preguntó Stollen, con una sonrisa entre labios.

—¿Y si lo fuera?

—¡Bah! Yo no tengo nada que ocultar. Pero no me gustaría que vinieras conmigo sólo para espiarme.

Ella le hizo un gesto indicativo de que deseaba quedarse sola. Luego, en cuanto Stollen se hubo alejado, se puso en contacto inmediato con Doren.

El joven piloto, ávido de escuchar la voz de la muchacha, después de haber probado repetidas veces de conectar con ella, surgió a través del receptor.

—¡Ya era hora! —exclamó—. ¿Acaso no escuchaste mis señales?

—No podía contestarte. Y tampoco ahora dispongo de mucho tiempo, Doren.

—¿Has descubierto algo?

—Sí. Algo que puede ser significativo —respondió ella, atenta de no ser espiada.

—¡Vamos! ¿Qué es? —instó Doren.

Aldaya explicó lo que había averiguado en sus andanzas por entre los jugadores de bolas.

—Ya lo sabes. Joskyn es un auténtico coleccionista. Está furioso por lo ocurrido.

Y como Doren guardó un rato de silencio, Aldaya insistió por si su interlocutor no le hubiera oído:

—Me has entendido, ¿verdad?

—Sí, Aldaya...

—¿Qué piensas?

—No sé lo que se te ha ocurrido a ti, pero yo imagino que esa cantidad de material desaparecido en la fábrica de Stollen, puede tener que ver.

—Sigue, por el momento, estamos de acuerdo.

—Material robado —indicó él— para sustituirlo.

—Sí. Eso he pensado —repuso ella.

—Necesitan el uranino. Utilizan las bolas. Es lo quepensaba yo. Las necesitan y para que nadie se dé cuenta, las sustituyen con bolas sintéticas.

—Estamos de acuerdo, Doren. ¿Te sirve esto?

—Me sirve porque me confirma una sospecha. Oye. Te llamaré luego. No demores tu escucha.

—No, Doren. Y ten cuidado. ¿Dónde estás en estos momentos?

—Muy próximo a Kornio.

—Llámame en cuanto llegues. ¿Lo harás?

—Si puedo, lo haré. ¿Y tú? ¿Dónde te encuentras en estos momentos? —inquirió.

Aldaya vaciló antes de contestar. Estaba cerca de la entrada de uno de los salones de recreo. Dentro se encontraba Stollen y decidió darle esquinazo.

—Voy para mi estancia —dijo.

Y tras cortar la comunicación, optó por tomar uno de los cohetes domésticos de uso común y salir del satélite, con rumbo al suyo. Una vez más, daba esquinazo a Stollen.

—¿Se da cuenta, profesor? —inquiría Doren a Gora a bordo de la nave—. Sustituyen la materia auténtica por bolas sintéticas.

—He oído tu conversación. Doren. Y no me sorprende.

—Entonces..., usted sospechaba...

—Mis sospechas son las que me han obligado a dar este paso —repuso el profesor, con la mirada puesta en el espacio.

—¿Cree de veras que alguien interfiere sus experimentos?

—Sí, Doren. Hablando con sinceridad. Lo creo, pero necesito estar seguro.

—En este caso, debemos estar preparados, profesor. Si hay alguien en el planeta Kornio puede estar enterado de nuestro vuelo. Nos esperará para aniquilarnos.

Gora guardó silencio.

* * *

Desde uno de los satélites de la colonia, alguien estaba comunicando en una onda libre de interferencias:

—Lo han averiguado. Aquí A-II. Lo han averiguado. Saben que el uranino ha sido sustituido por material

sintético.

—¿Lo sabe también el profesor? —inquirió una voz a través de las ondas.

—Lo ignoro. Pero de lo que no cabe duda es de que Aldaya trabaja para el laboratorio central. Ha mostrado un gran interés.

—Buen trabajo, A-II. Thora te pedimos que sigas con el plan de Preparación.

—¿Cómo? —la voz del llamado A-II se volvió trémula, como si se negara a aceptar la orden recibida.

—Plan preparatorio —repitió la voz.

—Es muy arriesgado.

—Escucha, A-II, sólo deseábamos saber si el profesor Gora está al corriente de esa sustitución de uranino. No es que importe demasiado, pero sabemos que viene hacia aquí. Gora y ese técnico aprendiz, vuelan en la misma nave. Si ignoran lo de la sustitución del uranino significa que vuelan a ciegas y esto nos da una buena oportunidad...

La emisión se cortó porque por los altavoces generales circuló una noticia que todos los habitantes de toda la colonia pudieron oír.

Era una emergencia general, donde se informaba de la desaparición del profesor Gora.

El único que conocía la verdad era su ayudante, pero prefirió mantenerlo en secreto.

La voz de alerta, clamaba:

—¡Profesor Gora! Se le busca con urgencia. Si puede oírnos, conteste. Si alguien le ha visto, que informe inmediatamente al departamento de Instrucción y Seguridad, ¡Profesor Gora!Se cree desaparecido.

Todos conocían la valía del científico y por eso en la mayoría aquella desaparición produjo un sobresalto.

Quienes estaban en sus respectivas estancias, salieron al paso de los guardas encargados de recibir noticias.

Joskyn, con el rostro contuso por los golpes recibidos, apareció en un corredor gruñendo algo ininteligible.

También Storen, con la cara impregnada por los golpes recibidos, surgió para encogerse de hombros ante los guardas que desfilaban en espera de recibir noticias.

Stollen, malhumorado por el plantón de Aldaya, maldijo la noticia, pero no se movió de su lujosa estancia. » La muchacha, desde su cuarto, se puso en contacto con Doren para informarle de lo que sucedía. El joven, desde la nave, la tranquilizó:

—Es secreto. Guárdalo mientras no te diga lo contrario... —y le informó de que el profesor volaba con él.

Sólo eran dos personas las que sabían la verdad. Lo otra —el ayudante de Gora— paseaba nervioso por el laboratorio. Se sentó, tratando de calmarse y conectó una pantalla para ver repetidas las

señales de fórmulas y proyectos.

De pronto, sus ojos se agrandaron al percatarse de unos signos no previstos. Era una emergencia. Una anomalía que era necesario corregir.

—El E-112 se desvía —murmuró para sí.

Trató de comprobar la posición real del satélite perteneciente a la colonia y observó que realmente se separaba de su punto habitual.

—No es posible —exclamó.

Buscó el posible fallo, pero el control central le informó a través de la clave que todo el sistema funcionaba a la perfección.

—No puede ser —grabó—. Se desvía sin que el computador registre la anomalía.

Conectó otra pantalla para ver teleobjetivamente la situación del E-112.

En un plano de conjunto, el ayudante de Gora pudo ver perfectamente cómo el satélite se alejaba del sistema rector. Se alejaba sin perder la estabilidad.

Ya sin dudarlo, pulsó el contacto para establecer comunicación con su jefe.

Gora, desde el planeta, estaba observando a través de la pantalla la proximidad de Kornio.

—Llegaremos dentro de breves instantes. No conviene tomar contacto en seguida. Daremos una vuelta o dos en torno al planeta.

—De acuerdo —respondió Doren.

En aquel instante, Gora captó la llamada de su subordinado.

—Es el E-112 —dijo precipitadamente el comunicante—. Véalo usted mismo a través de la pantalla —y seguidamente informó de la anomalía.

Los signos de la pantalla hicieron comprender al profesor Gora la realidad de lo ocurrido.

—¿Qué tiene que ver eso, profesor? —preguntó Doren, atento a los

mandos.

Gora guardó silencio unos instantes. El planeta estaba ya próximo. El piloto se preparaba para maniobrar a fin de dar la primera vuelta sobre su superficie.

—Todavía no estoy muy seguro, Doren. Pero ese planeta justamente...

Gora seguía pensativo.

La luminosidad del Sol que regía en Kornio se hizo absolutamente patente. Doren pulsó el contacto para que el bólido tomara la trayectoria prevista.

—Kornio, profesor —dijo.

—Pon la máxima atención. Yo te diré cuándo debemos tomar contacto —repuso Gora.

Ya no volvieron a hablar del E-112. La nave, a velocidad moderada, volaba a una altura donde era posible apreciar lo que otras veces ya habían detectado de aquel suelo árido y rocoso de Kornio.

Sobrevolaron la zona donde se suponía que otrora pudo existir un enorme lago, a cuyo alrededor quedaban vestigios resecos de una cierta vegetación.

Doren puso su mayor atención en aquel punto, pero la nave proseguía su rumbo hacia los montes más abruptos y de aparienciainaccesible, pasando por la zonacavernosa donde en otra épocafue instalado el laboratorio de investigación y contacto con el planeta.

—Otra vuelta —instó el profesor, observando las anotacionesqueaparecían en la pantalla.

El piloto procuró rasar más el vuelo, como si la pantalla no le bastara y quisiera ver con sus propios ojos aquellas zonas que el bólido recorría.

Recorrieron los mismos lugares. Gora pareció perder interés por ellos y se entretuvo en observar la evolución del E-112.

—¿Quiere que tome contacto, profesor? —preguntó Doren.

—Sí —fue la respuesta.

—¿Tiene preferencia por algún punto determinado?

—En las cercanías de la cumbre cuarta —e indicó el peñasco que dominaba una parte de Kornio.

Doren dirigió hacia aquel punto la nave, mientras en la pantalla, ambos pudieron ver la nota transmitida por el ayudante de Gora:

—¡Observe, profesor! El E-112 ha quedado suspendido lejos de la zona de control. ¡Está suspendido en el espacio!

—Ya lo he observado —murmuró Gora.

Doren hizo que la nave se posara suavemente sobre el peñasco.

Entonces, surgió la voz.

CAPITULO VIII

La voz surgió clara y perfectamente inteligible a través del receptor general de la nave. El aparato estaba destinado única y exclusivamente a captar mensajes procedentes de astronautas que salidos del bólido necesitaran comunicar con su interior. Sin embargo, cerca de donde la nave había tomado contacto con el planeta no había nadie.

La voz sonaba cercana.

—Atención, profesor Gora. Atención, Doren. Os hemos estado observando. Sabemos dónde estáis. Quedaos ahí. No salgáis de la nave. Recibiréis instrucciones.

Los dos hombres cambiaron una mirada en silencio. Doren veía confirmadas sus sospechas. ¡Había alguien en el planeta!

Gora tomó la palabra:

—A quienquiera que esté hablando. No pensamos atacarles. Sólo queremos saber cuáles son sus propósitos.

La voz respondió:

—Podemos paralizar su nave, profesor. Del mismo modo que hemos interferido sus intentos de cambiar la atmósfera de Kornio.

—De acuerdo. ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué desean?

—Ya lo sabrá, profesor. A su tiempo. Ahora, observe atentamente la pantalla. Fije su atención en el E-112.

* * *

El satélite E-112 perteneciente a la colonia estaba ocupado íntegramente por muchachos y muchachas jóvenes, en edad de aprender y especializarse. El hecho de hallarse agrupados en aquel

habitáculo no significaba discriminación, sino un medio de concentración superior que les permitía elegir por sí mismos la rama científica de su mayor agrado. Tenían absoluta libertad para trasladarse a otros satélites o cesar en sus estudios si no encontraban el cauce adecuado a su especial idiosincrasia.

Del mismo modo, existía el E-99, destinado a historiadores, que narraban para la posteridad los adelantos y vicisitudes de la época, a la par que recopilaban y comparaban datos de otras generaciones. Eran éstos los llamados satélites de estudios, igual que el E-113, destinado a los que precisaban de un descanso de cuerpo y espíritu para lo cual disponía de las instalaciones adecuadas al efecto.

Existían otros satélites con funciones específicas y luego seguían los habitáculos comunes, los meramente industriales y los experimentales agrícolas.

No existía la uniformidad, pero sí el mando común regido por el satélite rector.

En lo que se refiere al E-112, ninguno de sus ocupantes había advertido el desvío con respecto a su eje rector, sin embargo, se hallaba en un punto interseccional, próximo a perderse indefectiblemente en los abismos espaciales.

En el satélite rector, el ayudante de Gora había perdido la calma.

—Atención, atención... —chilló, llamando al jefe de instrucción y seguridad.

—Está en Kornio. Me pidió que le guardara el secreto. Pero algo debe de estar sucediendo. Haga el favor de venir inmediatamente.

Poco más tarde, el propio jefe observó en la pantalla la situación de la nave sobre el peñasco.

—Pero esto no es lo peor. ¡Fíjese! —mostró a su interlocutor la situación del E-112.

—¿Por qué no lo advirtió antes? Debe corregir inmediatamente su posición.

—He hablado con Gora, señor. Ha dicho que ya se había dado cuenta de ello, pero no me ha dado ninguna instrucción.

—Pero este satélite puede perecer para siempre —exclamó el jefe

de instrucción y seguridad.

—Sí, señor. Lo sé. Pero sospecho que no se trata de causas naturales...

—¿Qué está tratando de insinuar?

—No lo sé, señor, pero me temo que el E-112 esté dirigido... desde Kornio.

Para el jefe de instrucción y seguridad, aquél fue un motivo más que suficiente para hacer una llamada general a toda la guardia.

La alarma se difundió por todo el satélite rector y se recabó la colaboración de los que estaban destinados a los otros satélites.

Aldaya se hizo partícipe de aquel estado de alarma y corrió hacia los laboratorios.

En las cercanías de la zona de hangares, se estaba preparando el ejército de guardianes, a las órdenes de sus monitores.

—¿Qué pasa? —preguntó a uno de los compañero.

—Tenemos orden de partir. Parece que la situación es grave.

—¿Hacia Kornio? —inquirió la muchacha.

Nadie sabía la respuesta, pero ella creyó adivinarla. ¡Kornio!Sólo podía ser aquel planeta.

Se detuvo en el camino para comunicar con Doren.

El piloto recogió la señal e iba a contestar, pero el profesor se lo impidió con un ademán, al tiempo que garabateaba unos signos para que Doren comprendiera. No podía hablar de viva voz para que no captaran su mensaje.

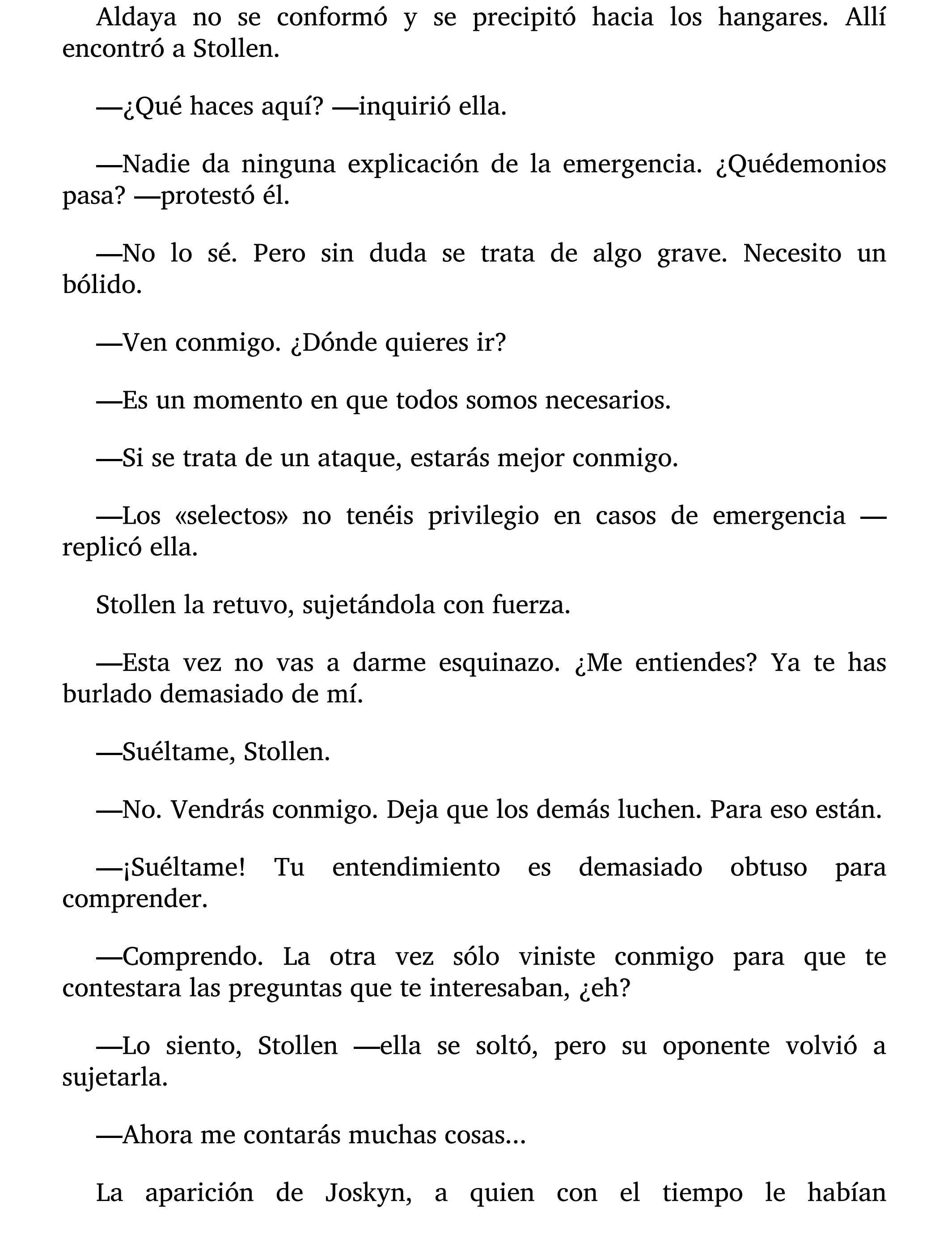
«Las ondas están controladas. No contestes. Esperemos.»

Doren obedeció, a pesar de la insistencia de Aldaya, que al ver fallidos sus esfuerzos, tomó una decisión.

—Quiero ir en una de esas naves —dijo a uno de los jefes del grupo. Era Storen.

—No puede ser. Vamos en formación de ataque. Los auxiliares

deben quedarse en el planeta para los controles.



—¡Yo no soy una auxiliar!

—No me importa. Tienes que quedarte —chilló Storen.

Aldaya no se conformó y se precipitó hacia los hangares. Allí encontró a Stollen.

—¿Qué haces aquí? —inquirió ella.

—Nadie da ninguna explicación de la emergencia. ¿Quédemonios pasa? —protestó él.

—No lo sé. Pero sin duda se trata de algo grave. Necesito un bólido.

—Ven conmigo. ¿Dónde quieres ir?

—Es un momento en que todos somos necesarios.

—Si se trata de un ataque, estarás mejor conmigo.

—Los «selectos» no tenéis privilegio en casos de emergencia —replicó ella.

Stollen la retuvo, sujetándola con fuerza.

—Esta vez no vas a darme esquinazo. ¿Me entiendes? Ya te has burlado demasiado de mí.

—Suéltame, Stollen.

—No. Vendrás conmigo. Deja que los demás luchen. Para eso están.

—¡Suéltame! Tu entendimiento es demasiado obtuso para comprender.

—Comprendo. La otra vez sólo viniste conmigo para que te contestara las preguntas que te interesaban, ¿eh?

—Lo siento, Stollen —ella se soltó, pero su oponente volvió a sujetarla.

—Ahora me contarás muchas cosas...

La aparición de Joskyn, a quien con el tiempo le habían

desaparecido las huellas de la última pelea, puso fin al forcejeo.

—¿Por qué no la deja en paz?

—¡Métase en lo suyo, guardián! ¿No ha oído que estamos en peligro? Su obligación es defendernos.

—A usted no le defendería por nada, amigo. ¡Suéltela!

—¡Será para darle unalección!-exclamó Stollen.

Pero Joskyn demostró estar mucho mejor preparado y con un par de golpes, puso fuera de combate al engreído.

—Vamos. Te sacaré de aquí —dijo a la muchacha.

—Necesito una nave. No quieren llevarme.

—Yo te llevaré. Te aprecio, ¿sabes? Vamos. Tienes a tu pareja en peligro, ¿eh?

—Sí.

—Pues iremos juntos. Yo no soy piloto. A mí no me necesitan. Pero tú entiendes de bólidos.

—Desde luego.

—Yo sé algo, pero no lo suficiente. Creo que nos arreglaremos. ¡Vamos!

Instantes después, un bólido bipersonal alejaba a Aldaya y a Joskyn del satélite rector.

La muchacha intentó nuevamente establecer contacto con Doren, pero una vez más se quedó sin respuesta.

Sobre el picacho, el bólido donde se hallaban el profesor Gora y Doren, permanecía silencioso.

A través de la pantalla, ambos podían ver cómo el E-112 oscilaba hacia el vacío como si estuviera a punto de desprenderse el eje magnético que lo mantuviera en el espacio.

—¿Qué se proponen? —espetó Gora.

—Usted ya ha visto, profesor. El E-112 puede desaparecer en

cuanto nosotros nos lo propongamos.

—¿Quiénes son ustedes?

—Eso no debe preocuparle, profesor. Quizá lo sepa a su debido tiempo. Ahora sólo necesitamos que regrese a su satélite rector y rectifique el eje de posición de acuerdo con las instrucciones que le facilitaremos.

—¿Para qué? —inquirió Gora.

—Eso es cosa nuestra. Hágalo, si no quiere ver al E-112 perderse irremisiblemente.

Gora dudó antes de responder. Pero la voz de su interlocutor volvió a tomar la palabra.

—Eso no es todo, profesor. Queremos también todos sus bólidos. Los de la serie última, por supuesto, los mejores. Claro que esto no le supondrá ningún esfuerzo, se están preparando para dirigirse hacia aquí. Estamos captando todo lo que ocurre en la base. Una vez lleguen, no harán absolutamente nada, únicamente descender de ellos y dejarlos a nuestra entera disposición. Bastará con que usted dé la orden. De lo contrario no solamente será el E-112, sino toda la colonia la que pagará las consecuencias.

—No haré nada de eso hasta que se identifique —clamó el profesor y anotó unos signos para que Doren comprendiera.

«Reconozco esta voz.»

«Es alguien del laboratorio. Yo también he creído reconocerla.»

«No es posible. Murieron todos.»

«¿Cómo puede estar tan seguro?», inquirió Doren, por medio de los mismos signos manuales.

«Llevaban todos una contraseña luminosa conectadaa nuestros receptores, si perdían la vida, un destelloquedaba grabado. Se produjeron tantos destellos comohombres formaban en la expedición. En eso no puedeexistir lamenor duda.»

Luego anotó:

—Mi amigo. El profesor que dirigía la expedición, jamás nos obligaría a hacer algo que atentara contra nuestra integridad.

—¿Qué piensa que se proponen quienesquiera que sean?

No hubo respuesta pero sí surgió nuevamente la voz.

—Esté atento a la pantalla, profesor Gora. Vamos a dictarle exactamente cómo tiene que efectuar la rectificación del eje magnético.

Y la pantalla se llenó de signos perfectamente comprensibles para los dos hombres que observaban asombrados las instrucciones que se les daba.

CAPITULO IX

—¡No! —gritó Gora, perdiendo la calma que solía caracterizarle—. Ahora comprendo lo que se proponen... Desde su punto, pueden atraer a nuestros satélites y dominarles. Me niego a someterme sin conocer sus motivos, aunque empiezo a adivinarlos.

—Le doy seis puntos de sus contador para reflexionar —dijo la voz que siempre había hablado a través del receptor.

Seis puntos era un tiempo relativamente corto. Doren propuso una idea. Y la transcribió:

—Tengo un detector. Hágales hablar, entreténgales, mientras yo averiguo el escondrijo de esa gente.

—Pueden hallarse al otro extremo, Doren —replicó jfGora por el mismo procedimiento de los signos—. No te darían tiempo. Y por otra parte, dudo que consiguieras nada. Parecen estar muy seguros de si mismos.

—¿Y si fuera sólo un ardid? Tratan únicamente de asustarnos.

—Han desviado el E-112. Es una prueba.

—¡El uranino! —exclamó el piloto—. Lo han conseguido con el uranino. Es posible que hayan sustituido todas las bolas de juego auténticas por el sucedáneo. De este modo, han conseguido el uranino suficiente para montar sus instalaciones.

—Es posible.

—Esto significa que hay uno o varios contactos en la colonia.

El profesor asintió con notoria desazón.

En el contador, los puntos de plazo se iban sucediendo. Quedaban únicamente tres de los seis de que disponían.

El silencio más absoluto se produjo en el interior de la nave. Doren abrió la puerta con intención de salir. Se enfundó la escafandra, pero el profesor hizo un gesto negativo.

—Le verán —transcribió.

—Voy a intentarlo —repuso Doren.

Saltó un nuevo punto, pero los que comunicaban con la nave no dieron señales de vida. Doren se alejó un poco más activando su detector. No percibía la menor señal de sonido. Gora le miraba atentamente.

Transcurrió otro lapso de tiempo. Doren seguía sin percibir la menor señal.

Un punto. Quedaba sólo un punto para la decisión final. Fue entonces cuando reapareció la voz.

—Se acaba el tiempo, profesor. Sigan los dos atentos a la pantalla y verán hasta dónde llega nuestro poder.

Por un lado, Doren tuvo motivos de satisfacción. ¡No se habían dado cuenta de su ausencia del bólido! Podía detectarlos y conocer su lugar de emplazamiento.

«Pero no pueden vernos —pensó—. Esto nos da cierta ventaja.»

Se aproximó de nuevo a la nave para informar al profesor. Gora asintió, pero en su rostro aumentaba la angustia.

El último punto saltó.

—Usted lo ha querido, profesor Gora, nos damos perfecta cuenta de que sin una demostración, no accederá jamás a nuestras órdenes. Véalo usted mismo.

Lo que sucedió a continuación fue un espectáculo realmente monstruoso.

No se produjo choque alguno. Nada fue espectacular, sin embargo, no pudo ser más trágico. El satélite E-112 pareció perder el equilibrio que le sostenía al sistema

y tras algún balbuceo, desapareció veloz en las profundidades de la Galaxia.

La conmoción en el interior tuvo que ser terrible. Luego, en un más allá imposible de prever, aquella esferahabitada sedesintegró totalmente.

—¡Asesinos! —gritó Gora, apretando los puños.

—Ahora, ya ha visto una demostración, Gora. Voy a elegir otro de sus satélites. Va a ser el segundo que vea usted desaparecer, si no sigue las instrucciones.

—¡Asesinos! —exclamó nuevamente el profesor, sentándose impotente sobre uno de los sillones de la nave.

—Dese prisa, Gora —insistió la voz—. Y no se olvide de advertir a quienes dirigen los bólidos que se abstengan de atacar. Esto podría ocasionar una verdadera catástrofe en la colonia. Adviértaselo, Gora. Al menor ataque, destruiré cuanto satélites me vengan en gana... ¡Vamos, Doren, ponga en marcha el bólido!

Doren seguía al pie de la pequeña nave y rápidamente transcribió:

—Obedezca. Yo me quedaré aquí. Espero poder detectar el lugar donde se encuentran y conocer los medios de que disponen. Espere mi informe, profesor. Confíe en mí.

—Demasiado peligroso.

—Es nuestra única salida de esta situación.

—Han matado a nuestro plantel de estudiantes. Han asesinado una parte de nuestra generación futura —gritó el profesor.

—No se lamente. Usted lo dijo muchas veces. Lamentarse no sirve de nada, ¿no lo recuerda?

Aquella vez Gora, por la forma de hablar de su interlocutor, creyó reconocerle.

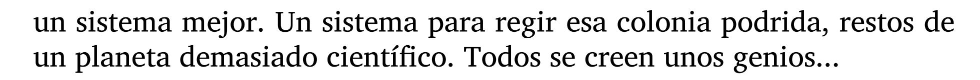
—¡Aksen!

Una carcajada sonó al otro extremo de la onda y en seguida la voz replicó:

—Buen memorizador, profesor Gora. En efecto, soy Aksen. El eterno ayudante, que se cansó de serlo.

—¡Aksen! Usted debía de estar muerto;..

—Ya ve que no, profesor... Si quiere saber más datos, le diré que su colega, el jefe de la expedición, descubrió un medio que permite vivir perfectamente en este habitáculo. Un medio desconocido que no necesita de ninguna transformación, al menos por el momento... El quería usarlo como planeta de investigación, pero a mí se me ocurrió


un sistema mejor. Un sistema para regir esa colonia podrida, restos de un planeta demasiado científico. Todos se creen unos genios…

—¿Qué le ocurrió al profesor? —preguntó Gora.

—Yo mismo acabé con él y luego me encargué de accionar las pilas de los demás, para que todos creyeran que habíamos muerto. Necesitaba tiempo para ultimar mi plan. Tiempo y material.

—¿Y cómo consiguió ese material, Aksen? —preguntó Gora.

—Está preguntando demasiado, pero no importa, satisfaré su curiosidad… Usted sabe que al principio se hacían frecuentes viajes a Kornio. En cada uno de ellos un agente dejaba el uranino que me hacía falta.

—Pero luego esos viajes se suspendieron —recordó Gora.

—Sí. Pero eso no impidió hacerme con el uranino que me hacía falta. La última remesa me bastó para completar lo que necesitaba.

—¿Quién le trajo esta remesa?

Entonces, a través del receptor se oyó una nueva voz, aue Doren reconoció al instante.

—Fui yo, profesor, ¿me reconoce a mí también?

—¡Gin! —gritó el piloto.

—Sí, Doren. Gin…

—Pero tú estabas muerto.

—Tú y Aldaya creísteis que estaba muerto. Tragué una buena dosis de aquel condenado gas, pero no la suficiente para matarme. Una pequeña dosis de cierto preparado sirvió para que mi corazón dejara de latir el tiempo suficiente para que os alejarais y me dejarais en la cueva.

Doren, que había subido al bólido, murmuró:

—Y yo que pensé…

—Sí, Doren. Pensaste que estaba muerto. Y te agradecí profundamente tu interés por mí en aquellos instantes, pero debes comprenderlo tú mismo. Entre vivir como un ser sin importancia a

convertirte en rector de toda una comunidad, la elección no es difícil. Ahora muchos de los que me despreciaban, tendrán que respetarme.

—Ya está bien de explicaciones —cortó la voz de Aksen—. ¡En marcha! Es una orden que no volveré a repetir.

Doren volvió a saltar del bólido e indicó al profesor que lo pusiera en movimiento él mismo.

Gora accedió porque comprendía que realmente se trataba de la última oportunidad.

Por su parte, Doren conocía los riesgos, pero debía correrlos si de veras quería salvar a toda la comunidad.

La nave de Gora se alejó.

Era el momento en que la primera avalancha de bólidos surcaba el espacio en dirección a Kornio, llamando repetidamente al profesor.

Unos signos en la pantalla instaron al profesor para que diera instrucciones al jefe de aquella primera escuadra. Pero Gora sabía que hacerlo significaba tanto como perder aquellas naves en beneficio del enemigo y dejar a los tripulantes a su merced.

—No ataquéis. Estoy bien —pulsó para que su mensaje llegara a la nave piloto.

—Denos su situación, profesor —inquirió el jefe de instrucción, comandante del primer grupo.

—Estoy en un punto intermedio. Me dirijo al satélite rector.

—Mensaje captado —le contestaron.

Aksen observaba a través de una pantalla de coordenadas la situación de los respectivos bólidos. A través de una computadora, obtuvo los mensajes que acababan de intercambiarse Gora y el jefe del comando.

A su lado, Gin murmuró:

—Está tratando de ganar tiempo. No les ha instado a venir al planeta.

—No le servirá de nada ganar tiempo. Tenemos su suerte en nuestras manos —repuso Aksen y comunicó nuevamente con el

profesor.

—Observe el E-113, profesor. Voy a atraerlo hasta la zona límite. Si no ordena a su gente que se dirija hacia Kornio sin atacar, le verá desaparecer.

—¡No! No lo haga —exclamó Gora, al tiempo que manipulaba para transmitir lo que había dicho de viva voz.

Aquel mensaje había sido captado por todas las pantallas de las naves en vuelo.

En la que viajaban Joskyn y Aldaya los signos habían aparecido también, y Aldaya atenta a ellos, mostró su extrañeza.

—Algo está ocurriendo, Joskyn. Ocúpate de los mandos. No lo haces tan mal.

—¿Por qué tienes tanto interés por los signos? Todo es pura rutina.

—No siempre —repuso ella—. Quiero saber qué nave era la que transmitía.

Un ligero ajuste le permitió localizar el bólido.

—¡Es la del profesor! Doren va con él. Intentaré localizarlo con mi transmisor.

Aldaya hizo la señal, mientras Joskyn la observaba, atento a la mesa de mandos, que por su actitud le ofrecían escaso trabajo.

Aldaya dio la señal sin obtener respuesta.

Doren, sin embargo, la había captado perfectamente, pero no podía contestar por temor a que pudieran detectarle.

El joven seguía en el planeta, intentando detectar el lugar donde tenían su base Aksen y la gente que convivían con el traidor.

***

La delgada vara metálica giraba silenciosa entre los núcleos rocosos del llano. Era imposible que desde la superficiedeKornio pudiera ser

vista.

El anuncio de la llegada de cualquier nave era transmitido por aquel perfecto radar y el encargado de su manipulación se apresuraba a ocultarlo para que tampoco pudiera ser descubierto desde las alturas.

De este modo, los habitantes de aquel mundo subterráneo habían conseguido pasar inadvertidos, mientras en el interior de un bunker natural disfrutaban de un perfecto acondicionamiento de aire.

En otras cavidades a distinto nivel, se abrían amplias galerías aptas para la vida subterránea, donde por un fenómeno natural la habitabilidad era perfecta por su atmósfera.

Aksen contaba con media docena de supervivientes que le eran fieles. Seis seres que aspiraban a convertirse en los amos de la comunidad que dirigían perfectamente desde Kornio en cuanto el profesor Gora hubiera dispuesto el eje magnético de forma que desde aquel laboratorio pudieran dirigir la colonia y obligar a sus miembros a trabajar en las cavernas cuando lo consideraran necesario.

Aksen dejó su punto de observación, dejando a Gin a su cuidado, para dirigirse a una de las galerías.

—Convertiré Kornio en el laboratorio más perfecto de todas las galaxias. Atraeré a otros habitáculos que tendrán que someterse. Seré el más importante genio de todas las épocas. El nombre de Aksen será reconocido y venerado.

Uno de sus servidores interrumpió su soliloquio para advertirle:

—¡Aksen, Gin dice que eches un vistazo!

Aksen observó sus dominios subterráneos. Humedad, agua y buena atmósfera. Un mundo difícil de descubrir. Un mundo con vegetación, vida propia, un mundo que para muchos se convertiría en el reino de la esclavitud.

Un elevador le llevó hasta el laboratorio, demasiado próximo a la superficie, por lo cual era preciso el acondicionamiento de aire.

—Pronto podremos trasladarnos de lugar. Cuando tenga más gente. Les obligaré a trabajar so pena de exterminar a su familia. El gran momento se acerca, Gin. Tú y los que me habéis seguido, los fieles servidores que tengo en las colonias, viviréis épocas gloriosas a mi

lado.

—Miraesto, Aksen.

—¡Las naves! Están muy cerca —sonrió Aksen, complacido—. Sin ellas no podrán atacarnos. Gora ha comprendido mi superioridad.

Efectivamente, las naves se aproximaban a la superficie del planeta, sin que ninguno de sus tripulantes sospechara que iba directamente a una trampa.

Una trampa de la que sólo Doren podía librarles. Pero primero necesitaba descubrir el escondrijo de Aksen.

Su primer impulso había sido dirigirse al primer laboratorio. Quedaba lejos aún y era consciente de la premura del tiempo.

Caminaba por la zona abrupta, atento a las hasta entonces nulas indicaciones del detector. Pensó en Gin.

¡La gruta donde le dejaron! Aceleró la marcha. .

En lo alto, como diminutos planetas, brillaban las luces de los bólidos que cada vez estaban más cerca.

—¡Están ahí! —se dijo para sí Doren y se apresuró más aún.

***

—Tu enamorado no contesta —sonrió Joskyn, observando los inútiles intentos que Aldaya hacía para comunicarse con él.

80-

—No lo entiendo. Él estaba con el profesor. Debe oírme.

—Tal vez tu cacharro esté deteriorado.

—No puede ser. Al principio funcionaba. Mira, ¿ves? Da la señal perfectamente —mostró una lucecita que oscilaba en un ángulo del aparato.

—¿Qué significa esto?

—Que la señal llega a su destino. No lo entiendo. Pero hay otro sistema para averiguarlo.

Se puso a teclear en la pequeña computadora, para transmitir desde su bólido a la nave del profesor.

Gora captó rápidamente el mensaje y comprobó que se trataba de una llamada de Aldaya.

—Estoy intentando comunicar con Doren. ¿Qué le ocurre?

Gora iba a replicar, diciendo que el joven se había quedado en Kornio, pero sabía que su respuesta sería captada por Aksen y eso pondría en peligro la vida del piloto.

Optó por ignorar el mensaje y siguió su ruta cuando la segunda oleada de bólidos avanzaba en dirección a Kornio.

También ellos volaban ya sobre el planeta, casi a la misma distancia de la escuadra comandada por el jefe de instrucción y seguridad.

—Allí están. Se han dado prisa —dijo Joskyn.

Aldaya observó la pantalla donde el planeta se veía más próximo.

La noche, menos oscura que en la colonia de satélites, permitía ver las rugosidades de la zona montañosa. Hacia ella puso rumbo Joskyn.

—Pronto estaremos allí —añadió Joskyn.

—Yo no quiero ir allí. Deseo saber lo que le pasa a Doren —e insistió en llamar a Gora.

En aquel instante captó un mensaje llegado del bólido del profesor.

—¡Tiene que haberme oído! Está comunicando con alguien.

Así Aldaya pudo interceptar el siguiente contenido:

—Cuando las naves tomen contacto con el planeta, indique a la gente que salga de ellas y avancen hasta el punto que le indico en las anotaciones que verá en la pantalla. Adviértales que ocurra lo que ocurra, no deben atacarnos, de lo contrario morirán, porque nosotrostambiéndisponemosdearmas.

—¡Asesinos! —exclamó Gora.

Aldaya estaba consternada.

—¡Es una trampa! Gora está hablando desde el planeta —y sin esperar respuesta de Joskyn tecleó, formulando una llamada de socorro.

Esta vez, Gora contestó:

—Te oigo perfectamente, Aldaya. Regresa.

—¿Y Doren? ¡Conteste, profesor, por favor! Conteste. ¿Le ha ocurrido algo a Doren?

—No —fue la escueta respuesta.

—¿Por qué no contesta a mi llamada?

—No hagas más preguntas, Aldaya. Doren está bien.

«Eso espero», pensó para sí y cortó.

Aldaya hizo una comprobación consistente en medir la longitud de la onda ayudada de la computadora. Dio la señal al transmisor y después de esperar el resultado comprendió la verdad.

—La señal es captada muy cerca de nosotros. Creo que ya sé dónde está Doren. ¡En Kornio!

Instantes más tarde sabía ya dónde se hallaba el escondrijo de Aksen.

Aldaya, desde la nave, dijo:

—Voy a tomar los mandos, Joskyn. Tenemos que estar a la expectativa. Aquí va a ocurrir algo.

—Puedes jugarte todo lo que quieras que así es, preciosa —sonrió él y en seguida tecleó la computadora para transmitir un mensaje.

—¿Qué haces? Déjame el sitio —insistió ella. Pero Joskyn no hizo la menor intención de moverse.

Aldaya, llena de estupor, observó el mensaje que su compañero de viaje había mandado.

—¡Atención, Aksen! Doren pretende sorprenderos. Soy A-II. Llevo conmigo a Aldaya.

—Bueno trabajo, A-II —respondió una voz—. Te esperamos.

Joskyn había sacado una pequeña, pero mortífera arma. Un rayo bastaba para matar, un pequeño e insignificante rayo.

—Ahora conduce, preciosa. Conduce hasta donde yo te diga y si aprecias en algo tu vida, no trates de hacer ninguna tontería.

***

Los bólidos acababan de posarse sobre la superficie del planeta. Doren había observado desde las rocas su impecable toma de contacto. Pensaba ya que todos sus esfuerzos eran inútiles cuando al avanzar por entre el pétreo suelo escuchó el pitido intermitente de su detector.

—Ya lo tengo —exclamó. Avanzó algo más para cerciorarse de que iba en buen camino.

CAPITULO X

Cuatro de los seis hombres con que contaba el aspirante a dominador absoluto del espacio, asomaron los cañones de sus armas para apuntar hacia las naves.

De cada uno de aquellos tubos cilíndricos podía surgir un rayo suficiente para barrer a un buen número de seres. Eran rayos especialmente difusos que no limitaban su acción a un solo blanco, sino que podían destruir todo un sector comprendido entre un radio bastante notable.

Los otros dos hombres se habían colocado en lugares estratégicos junto a la entrada de la gruta para esperar a Doren.

El joven se hallaba en la parte trasera de la entrada. Las rocas formaban una especie de cúpula natural de una cierta altura. Pegado a esa pared. Doren avanzaba lejos de suponer que su presencia había sido denunciada.

A lo lejos, los hombres del jefe de instrucción, se habían agrupado.

—¿Por qué tenemos que alejarnos de las naves? —preguntó uno de ellos.

—El profesor Gora así lo ha indicado —dijo Storen.

El jefe intervino:

—No ha sido muy explícito, y esto no acaba de gustarme —observó en derredor a través de la escafandra.

Entretanto, Doren estaba ya muy cerca de la entrada. La redondez de la cúpula natural impedía que supresencia pudiera ser vista desde el interior, pero tampoco él podía advertir el peligro.

Para tener sus manos libres, guardó el diminuto transmisor en un bolsillo y dejó en el suelo el detector que de momento no pensaba necesitar.

Al hacerlo, el pitido intermitente aceleró.

¡Algo metálico estaba muy próximo! ¡Armas tal vez!

No vaciló ni un instante en empujar con el pie una de las múltiples piedras. Con el ruido, apareció uno de los hombres que le aguardaban y sin pensarlo, Doren se lanzó contra él, con los pies por delante, para derribarle.

Ya en el suelo, y con el inconveniente que representaba luchar con la escafandra puesta, optó por desprenderse de ella y lanzarse contra su enemigo, que intentaba disparar con su pistola.

Instintivamente, Doren saltó a un lado, en el instante en que el otro sicario de Aksen asomaba para acudir en defensa de su amigo.

El rayo destinado a Doren lo recibió el otro y mientras él, aprovechando el instante de asombro de quien había disparado, le soltó una patada en el brazo consiguiendo que soltara el revólver.

Su enemigo saltó ágilmente para recuperarlo, pero Doren le atacó de nuevo, lanzándose sobre sus piernas.

El hombre de Aksen perdió el equilibrio y cayó de cabeza al suelo. La escafandra impidió que se golpeara el rostro, pero sí quedó aturdido, lo cual fue aprovechado por el joven piloto para golpearle en el lugar preciso de la columna vertebral, con lo que le dejó instantáneamente fuera de combate por un buen rato.

Provisto del arma de su último contrincante, penetró en la cueva, cuando el jefe de instrucción ordenaba a los hombres:

—Alejémonos. Hay que seguir las instrucciones, aunque no me gusta.

Las puertas de las naves estaban abiertas y a través de ellas, llegó un pitido insistente. Eran señales de una nave próxima.

—¡Alto! —indicó el jefe—. Parece el anuncio de una toma de contacto de emergencia. —Miró hacia el aire y vieron sobre sus cabezas a considerable altura un bólido.

Era el que tripulaba Aldaya bajo la amenaza de la pistola de Joskyn. Y fue ella la que había pulsado la señal de emergencia, la cual no podía ser oída desde el interior, pero sí en cambio llegaba hasta la base cercana.

Por supuesto, la muchacha había tenido buen cuidado en que Joskyn no advirtiera su manipulación.

—Mantente en el aire —le ordenó él—. Yo te diré cuándo debemos descender.

El jefe de instrucción se preguntaba por qué la nave se mecía en el espacio sin descender.

—Debe ser una avería importante —dijo Storen.

—En ese tipo de naves, no lo creo. Si se tratara de una avería no podría paralizar su vuelo… No me explico.

Storen cayó en la cuenta.

—Es una biplaza del tipo medio… Debe ser la que se llevó Aldaya.

—¿Y por qué dejó que se la llevara? íbamos a enfrentarnos con un enemigo.

—No pude impedirlo, señor. Un amigo suyo me atacó, pero ya ajustaremos cuentas.

Mientras el jefe de instrucción seguía pendiente de la nave de Aldaya, Doren había descendido hasta la planta donde se hallaba el laboratorio regido por Aksen.

—¡Se acabó el juego! —exclamó, irrumpiendo con un arma en cada mano—. Separad las manos del cuerpo. ¡Tú también, Gin! No esperaba esto de un amigo… Y usted, Aksen, ordene a los que tiene consigo que salgan. Hágalo sin dilación.

Aksen adoptó una actitud triunfal, sin obedecer en absoluto las órdenes que acababa de recibir.

—Siento no poder complacerte. No estoy vencido, como supones. Quien lo está eres tú.

—Escuche, Aksen, he aprendido las teorías de no violencia del profesor Gora y las comparto, pero ante un asesino como usted, me cuesta reprimirme y no fulminarle…

—Sé que no lo harás. A menos que no te importe la suerte que pueda correr tu querida Aldaya.

—¿Qué?

Aksen, sin necesidad de aproximarse al transmisor, alzó la voz y dijo:

—Joskyn. Tenemos a Doren con nosotros. Ahora es la ocasión para que Aldaya pueda hablar con él.

La voz de la muchacha surgió al instante: .—¡Doren!

—¿Dónde estás, Aldaya?

—Sobre Kornio. Bastaría un impulso para llegar en un instante.

—¿Quién está contigo? —preguntó él.

—Joskyn. Me tiene encañonada, pero no te preocupes por mí, Doren. Oblígales a rendirse.

—Mátala sin contemplaciones, Joskyn —espetó Aksen.

—¡No! No le haga ningún daño —gritó Doren con todas sus fuerzas.

—Entonces, suelte las armas ahora mismo —ordenó tajante el amo del lugar.

No cabían dudas ni vacilaciones, porque Doren sabía que Aksen no vacilaría en matar a la muchacha.

Soltó las armas con un gesto de impotencia y rabia al mismo tiempo. Había conseguido lo que parecía imposible y en el último momento, todo se venía abajo.

Pero Aldaya demostró su carácter decisivo del que siempre había hecho gala. No. No pensaba renunciar y por ello, puso en práctica un plan que podía resultar suicida para ella, pero era el único recurso que le quedaba para evitar que la labor de Doren se convirtiera en un fracaso con las consiguientes consecuencias para toda la comunidad.

Observó que Joskyn la seguía encañonando con la pose de quien se cree en absoluta superioridad.

Aldaya tenía su mano izquierda muy cercana a determinado botón del pupitre. Sólo tenía que pulsarlo y…

—No me gustaría estar en el pellejo de tu enamorado —dijo—. Se ha comportado como un perfecto idiota. Siempre hay que jugar a ganador. Como yo…

«Habla, habla —pensaba ella—. Así te distraes y yo…»

Joskyn seguía jactándose.

—Ahora ya conoces mi interés por mi colección de bolas. Soy un buen jugador y me afané en ganar las suficientes para canjearlas. Gin cuidó de transportarlas cuando le llevasteiscon él...

Aquí interrumpió bruscamente su soliloquio, porque Aldaya acababa de pulsar el botón.

La nave comenzó a girar sobre sí misma vertiginosamente. Joskyn se sintió empujado hacia delante, al tiempo que perdía el equilibrio y caía, chocando contra la muchacha, que preparada para la nueva situación, se había sujetado al tablero.

—¡Para eso, maldita! —exclamó Joskyn, intentando inútilmente recuperar el equilibrio.

—¡Actúa, Doren! —exclamó ella—. ¡Actúa, me he librado de su amenaza!

Joskyn, en aquel tremendo vaivén que le sacudía lanzándole de un lado a otro, disparó a ciegas. El rayo horadó la bóveda produciendo con el consiguiente agujero la descomprensión del aire. El bólido comenzó a perder altura.

Entretanto en el laboratorio, el grito de Aldaya había causado la natural sorpresa en los presentes. Aksen reaccionó gritando:

—Joskyn.

Pero sólo obtuvo un sonido confuso, el que producía la nave.

Gin se revolvió, esperando el ataque de su antiguo amigo. Intentó utilizar el arma que tenía en una mesa contigua, pero Doren no le dio la menor oportunidad. De una patada le obligo a inclinarse hacia delante, al tiempo que, teniéndole ya a su merced, le empujabacontra Aksen, que por su parte iba a manipular en el pupitre.

Gin cayó contra su jefe y mientras el primero rodaba por el suelo, Aksen aprovechaba para huir hacia la plataforma que le ocultaría entre las profundidades.

Doren le siguió los pasos por el interior de la gruta.

Su enemigo sacó de algún bolsillo un largo estilete. Era la única arma de que disponía y se revolvió para atacarle. Doren salvó la acometida y retorciendo el brazo armado de su rival, le obligó a soltar el arma. Casi simultáneamente le sacudió un tremendo golpe con el

dorso de la mano que le alcanzó el cuello, pero no en el sitio preciso como para dejarle fuera de combate. Aksen se tambaleó para caer de espaldas, pero rehuyendo la lucha, rodó sobre sí mismo por una pendiente para tomar ventaja.

—¡Quieto, Aksen, voy a disparar! —gritó el joven.

En aquel instante la luz estratégicamente colocada en la gruta, se apagó. Gin, comprendiendo la situación, había accionado el mando general para dar una mayor ventaja a su jefe y también a sí mismo, puesto que ambos eran, lógicamente, mejores conocedores de la gruta que Doren. Este tuvo que proseguir a tientas ante un terreno desigual, lo que hacía imposible la búsqueda. No por ello se desanimó.

Entretanto, los gritos y el fragor de la lucha habían llegado hasta los hombres que estaban en el exterior. Eran voces confusas que llegaban a través del altavoz que momentos antes había conectado Aksen, precisamente para anunciar al jefe de instrucción de que estaban bajo su dominio.

—¡Algo ocurre entre aquellas rocas, parece como si estuvieran luchando! —exclamó Aksen.

Por otra parte, ya muy cerca de la superficie, podía verse con mayor claridad el bólido de Aldaya rodando aún con la misma velocidad de vértigo.

La entrada de aire precipitaba la caída con mayor rapidez.

—Se va a estrellar en el suelo —exclamó el jefe einmediatamente dio órdenes para que la tercera parte de su gente recogiera las armas.

Fue entonces cuando desde las rocas surgió el primer rayo.

Alguien lanzó un agudo grito de muerte y el jefe ordenó:

—¡A cubierto!

Algunos saltaban de las naves armados, buscando protección detrás de las mismas.

El jefe, tras un silencio, dio orden de desplegarse en abanico. La oscuridad les favorecía ligeramente.

Y entretanto, en la nave, Aldaya más habituada que su rival, había conseguido dominarle. Luchaban los dos en medio del torbellino. Pero

el peligro no estaba sólo en que un rayo perdido pudiera alcanzarla, sino en la proximidad del planeta. Unos puntos más y el bólido se estrellaría contra las rocas.

Los hombres del jefe de instrucción, habían conseguido avanzar un buen trecho, salvando los rayos que la gente de Aksen disparaban a ciegas desde sus refugios.

El jefe había advertido perfectamente dos de los puntos de donde surgían los ataques y dio órdenes a los suyos.

Por su parte, Doren seguía tanteando el terreno y aunque a oscuras, advirtió la proximidad de alguien. Se detuvo y contuvo la respiración. Gin se aproximaba.

También Aldaya y el bólido estaban ya muy próximos a las rocas.

Un golpe de suerte, ayudado por el mareo de Joskyn, consiguió por fin dejar a su enemigo fuera de combate.

Rápidamente, se aferró a los mandos. Era prácticamente imposible dominar la nave desde aquella altura. Faltaban muy escasos puntos pero...

Pulsó la palanca a tope. La nave acusó aquella orden automática y frenó la caída.

Lo demás, fue fácil. Aldaya, extenuada, se apoyó un instante sobre el pupitre, pero reaccionó rauda.

—¡Atención! ¡Atención! —gritó a través del transmisor y su voz resonó en la oscuridad—. ¡Atención! —siguió—. Doren está con Aksen y Gin. Tengan cuidado.

El jefe murmuró:

—Están en una gruta. Eso es una gruta. Ya lo han oído. Uno de los nuestros está con ellos. Hay que buscar la entrada.

—¡Destruyan ese maldito bólido! —gritó en aquellos instantes Aksen, después de haber oído en los receptores interiores el mensaje de la muchacha.

También Doren lo había oído y Gin, que acababa de chocar con él.

En la oscuridad, ambos hombres se enzarzaron en una tremenda lucha, rodando ambos por las rocas.

—¡Destruid el bólido! —espetó nuevamente la voz de Aksen. Y uno de los cañones buscó al bólido recién llegado. Aldaya saltó de él y corrió hacia las rocas, con la esperanza de dar con Doren. Casi al mismo tiempo, un rayo fulminaba al bólido y con él, desaparecía Joskyn para siempre.

En la gruta, Gin y Doren se habían incorporado y se golpeaban a ciegas. El primero hizo un falso movimiento cerca de un abismo. Lanzó un grito al perder pie y en unos instantes. Doren escuchó el golpe de su enemigo al chocar contra la roca.

Alguien gritaba:

—¡Aquí está la entrada de la gruta!

Dorendecidió volver atrás.

—La luz. Tengo que conectar la luz —dijo en voz alta y añadió —:Soy Doren. Me dirijo hacia donde estáis.

—¡Doren! —gritó la voz de un conocido, y advirtió a los demás.

Aldaya había escuchado las voces y guiada por ellas, aceleró su marcha.

Doren consiguió al fin llegar cerca del laboratorio junto con dos de los hombres del jefe de instrucción.

—Por aquí, amigos. Perdí mi linterna en la lucha. ¿Tenéis algo con qué alumbrar?

Dos potentes chorros alumbraron plenamente el laboratorio hacia el cual se precipitó Doren para buscar los pulsadores que iluminarían de nuevo todo aquel extraño mundo.

—¡Doren! —gritó la voz de la muchacha. Iba desprovista de escafandra y su respiración empezaba a ser difícil.

El piloto dio con la palanca precisa y todo aquedó iluminado. Aldaya, demudada y sin aliento, estaba a escasa distancia del joven.

Se unieron en un abrazo que no pudo ser muy largo dada la situación.

—Pronto, una escafandra —exclamó Doren.

Uno de los recién llegados señaló un par de ellas en el laboratorio.

Las usaron para salir de allí.

—¡Hay que terminar con esta maldita gruta! —gritó el jefe—. En cuanto salgan los nuestros, disparen a discreción.

—¡No! —gritó desde el interior uno de los hombres de Aksen—. Me rindo.

—Entonces, salgan todos —ordenó el jefe.

—¡Jamás me rendiré! —resonó la voz de Aksen—. Y aunque destruyan todo el planeta, jamás podrán conmigo. Mis dominios me protegen. Nunca llegarán hasta mí.

Nunca se supo lo que ocurrió allí dentro, pero nadie salió. Lo más probable es que Aksen impidiera la salida de los cuatro supervivientes.

Doren, que había salido a la superficie ayudando a Aldaya, entró un momento en busca de algo cuando los rayos destructores inundaban de fuego la gruta.

—¡De prisa, Doren! —exclamó la muchacha, y él regresó con un pliego de datos, explicando:

—Es el memorizador de la computadora. Esto puede sernos útil.

De pronto, una atronadora explosión levantó las piedras por encima de la gruta.

—¡Cuidado! En la cueva hay gases. Esto va a convertirse prontoen un volcán —exclamó Storen.

Las explosiones se sucedieron, cada vez con mayor intensidad y poco tiempo, de la parte superior de un pico, surgió el fuego.

—¡Una erupción! —exclamó Aldaya—. Estamos sobré un volcán.

Corrieron hacia los bólidos para escapar de aquel infierno.

Más tarde, desde el aire, pudieron contemplar el trágico espectáculo. Las explosiones estaban dando una nueva configuración a Kornio. Lo que antes había sido la inmensa gruta, quedó resquebrajada. Las rocas se abrieron como partidas por un invisible cuchillo y se perfiló lo que se convertiría en un auténtico valle.

De alguna parte manaba el agua retenida por algún extraño fenómeno, y aún seguían las explosiones su la bor purificadora.

Todo iba cambiando lentamente, mientras despuntaba el alba de un nuevo día.

¿Crees que Aksen se salvará? —preguntó Aldaya.

—No es posible. Ha quedado sepultado en su mundo. Un mundo que jamás puede existir… —replicó Doren.

La segunda oleada de naves, ya nada tenía que hacer allí. Y el profesor, que al darse cuenta del nuevo rumbo que habían tomado las cosas opio por regresar, se unió a los demás bólidos y tras mostrar su satisfacción, dio las gracias a todos los que habían contribuido a poner fin a aquella pesadilla.

EPILOGO

—Tendremos que aguardar algún tiempo —explicó Gora, reunido con sus dos predilectos alumnos—. Pero cuando llegue el momento, no habrá necesidad de rectificar la atmósfera de Kornio. Tendrá vida propia.

—Esto facilita las cosas —murmuró Aldaya.

Doren no contestó, pensaba en la parte más lamentable del asunto, y señaló los datos que había dejado sobre la mesa del profesor.

—Aquí están los nombres sacados de la computadora de Aksen. Son seis. Los seis espías que Aksen tenía en la colonia, aparte de Gin y de Joskyn.

Gora miró la lista y murmuró:

—No hay que preocuparse por ellos. Ya encontraron su castigo.

—¿Cómo? —inquirió Doren.

—Se habían refugiado en el E-l12, temerosos de que pudieran descubrirles. Pensaban partir desde allí, cuando la mano asesina de ese loco precipitó el satélite al vacío.

Tras un silencio, añadió:

—Lo más lamentable son esos pobres muchachos, víctimas inocentes.

—Yo había sospechado de Stollen —murmuró la muchacha.

—Quería hablarte de esto, Aldaya —adujo Doren—. Me he enterado casualmente. Stollen no volverá a molestarte.

—¿Ha muerto?

—Peor que eso. Tenía dos hermanos. Varón y hembra, estaban ahí, en el E-112. El vio lo sucedido y perdió la razón. Intentaron hacerle reaccionar, pero fue inútil. No es más que un vegetal.

Tras otro silencio, Gora palmeó la espalda de ambos.

—Bueno. La vida sigue. Tomaos un buen descanso que bien lo merecéis.

Doren y Aldaya se alejaron, mirando hacia el lejano Kornio, el lejano planeta que un día podría ser habitado por gente civilizada. Seres que no tuvieran más ambición que la paz y la convivencia social.

Entrelazados, siguieron su camino con paso firme.

F I N